

CURSOS y CONFERENCIAS



SUMARIO:

Raimundo LIDA. — LA TÉCNICA DEL RELATO EN "LA GLORIA DE DON RAMIRO".

José M. PUIG CASAURANC. — EL SENTIDO SOCIAL DEL PROCESO HISTÓRICO DE MÉXICO: VI. *El gran período constructivo de 1924 a 1928.*

Alicia ORTIZ. — IVAN TURGUENEV: *Datos biográficos. Su obra en conjunto. I*

P. GONZALEZ ALBERDI. — LA CRISIS DE LA ECONOMÍA ARGENTINA: V. *Efectos de la crisis en la Argentina. Las medidas gubernamentales frente a la crisis.*

José BABINI. — MATEMÁTICA Y POESÍA.

AÑO V
NUM. 3
VOLUMEN IX

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ESPASA-CALPE S. A.

LIBROS NUEVOS:

PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA Y DE TRIBUTACION

Por David Ricardo. Biblioteca de Estudios Económicos:
políticos y Sociales \$ 8.25

UN PLAN FRANCES DE ECONOMIA DIRIGIDA

Prologado por Marcel Deat. Biblioteca de Ideas y Estu-
dios Contemporáneos \$ 2.75

DONOSO CORTES

Su vida y su pensamiento por Edmund Schramm. Vidas
Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX.
No. 54 „ 2.75

DISCURSOS EN CAMPO ABIERTO

Por Manuel Azaña. Un nuevo libro político en el cual
su ilustre autor recoge las oraciones pronunciadas en
Valencia, Baracaldo y Madrid „ 2.75

HISTORIA DE ESPAÑA

Dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Acaba de publi-
carse el II volumen de esta Gran Historia y muy en
breve se publicará el I. Pida folletos ilustrados.
\$ 33.—



De venta en todas las buenas librerías o en

ESPASA-CALPE S. A.

TACUARI 328

BUENOS AIRES

La técnica del relato en
“La gloria de don Ramiro”

Por RAIMUNDO LIDA

Leer un relato —novela, cuento, y hasta drama y guión cinematográfico— es asistir a la dilucidación de un necesario conflicto de técnica. Necesario porque se entabla entre dos términos igualmente imposibles de eliminar: uno, la ilimitada divisibilidad de nuestra representación del tiempo; el otro, la extensión, forzosamente limitada, del relato mismo. Hay libros —baste mencionar los que escribió Proust a la sombra de sus recuerdos en flor— que quieren ser precisamente una imagen de la lentitud infinita con que el tiempo revivido puede irse desgranando en la memoria. Hay ejemplos admirables de lo contrario: anulación violenta, y como por decreto, de los días, de los meses, de los años. No se me ocurre muestra más espléndida de este procedimiento que aquella escena del *Winter's Tale* en que el Tiempo en persona baja a las tablas para hacer correr en pocos segundos —en pocos versos— los dieciséis años de la hermosa Perdita. En el primer caso, el curso mismo del tiempo se vuelve protagonista del relato. En el segundo, en el de Shakespeare, el salto de los años es un simple medio de enlace entre dos *ralentis*; no lo vemos siquiera

transcurrir: sólo recibimos del poeta la declaración de que ha transcurrido, y asistimos al resultado.

Entre uno y otro extremo, entre ese despliegue del tiempo, tan minucioso que casi lo anula, y esa sustitución de los años por un *flatus vocis*, podrían disponerse en serie todas las narraciones imaginables. Y en la fisonomía de cada una entrará como rasgo principalísimo la distribución y articulación de las peripecias en el tiempo: el lento desarrollo de unos sucesos, la mera designación de otros; el alternarse las escenas directamente vividas con las recordadas o narradas; la proporción en que concurre, por una parte, el relato "puro", y, por otra, la información que sobre lo ocurrido nos da indirectamente el diálogo entre los personajes; la voz o el guiño especial con que cada incidente alude a lo ya sucedido o anuncia lo por suceder... Vale la pena lanzarse, con esta reserva de interrogaciones, a explorar las torrentosas páginas de *La gloria de don Ramiro*.

Ya el subtítulo de la novela invita a encarar de este modo su examen: "Una vida en tiempos de Felipe II". Una vida de límites escrupulosamente fijados en el tiempo. En las páginas finales se nos informa que don Ramiro del Aguila murió el año de 1605; en uno de los primeros capítulos se da la fecha exacta de su nacimiento: 21 de diciembre de 1570, día de Santo Tomás. Con toda precisión se va jalonando cronológicamente la vida entera del protagonista, unas veces —como en las fechas extremas— con el año justo, y hasta con el día y hora en que los sucesos ocurren; otras, supliendo la notación numérica de la fecha con el habitual sistema de referencias: a los siete años de edad..., a los diecisiete...; o relacionándola con un momento consabido: dos días después..., aquella noche... La acción se desarrolla sobre una falsilla concienzudamente dividida y subdividida en grados. Pero ¿cómo hacer desfilar en pocas horas, ante la mente del lector, esos treinta y cinco años de vida? ¿Qué escenas suprimirá el novelista?

¿Cuáles presentará directamente? ¿Cuáles dará como ya sucedidas? ¿Por dónde hará pasar los cortes entre las que deje subsistir? ¿Cómo entrelazará y ordenará, alrededor de la historia del Caballero Trágico, las de los otros personajes? El planteamiento de todos estos problemas de técnica, la solución que el escritor les haya dado en cada oportunidad, el escondido sistema que enhebra estas soluciones desde un extremo al otro de la novela, nos ofrecerá una clave con que acercarnos a su sentido más radical.

En las puertas mismas del libro se nos invita a reflexionar. "Una vida en tiempos de Felipe II". Detengámonos otra vez en esta abreviada declaración del tema. ¿Una vida? No. La vida de don Ramiro no es, para su historiador, *una*, una entre las muchas vidas españolas de aquella época. La sola complacencia con que se han hacinado en ella tantas y tan violentas aventuras, el vértigo con que giran en torno suyo, como en un convulso sistema planetario, los destinos de los demás personajes, todo esto dice bien a las claras que el escritor ha visto en don Ramiro, no *un* español, sino *el* español: epítome o quintaesencia de la España de Felipe II. Si lo que se mueve, pues, ante la fantasía del artista —y del lector— no es el destino individual de un hombre sino un símbolo del español "en sí", no nos extrañe el descubrir a cada paso rasgos que sólo como símbolo o alegoría se justifican. Así se comprende, por ese afán de concentrar en un libro tres décadas de historia española, que Larreta haya elegido para asunto de su novela la vida entera de su personaje. Procedimiento que le permite exhibir, cuadro tras cuadro, los ambientes y sucesos más dispares. Gentes de toda condición asoman el rostro a las páginas de esta historia: moriscos y cristianos, alguaciles y conspiradores; desde el más oscuro monaguillo hasta el Cardenal Inquisidor; desde los mozos de mulas hasta la sacra majestad del rey don Felipe. Es más. El significado simbólico puede rastrearse en cada detalle del relato. Hay trozos enteros que no interesan por sí mismos al desarrollo de la acción; se reducen a

mero símbolo de una conducta indefinidamente repetida. El primer cuadro de la novela servirá aquí de claro ejemplo: "Ramiro solía quedarse... Allí se canturriaba y se reía... Vasta tristeza flotaba sobre la ciudad guerrera y monástica..." El más distraído lector de este capítulo inicial advertirá el uso insistente, casi exclusivo, de los imperfectos: "solía quedarse, se canturriaba, se reía", sin ninguna referencia —en las primeras páginas— a una hora o un día preciso. Todo queda fluctuando en el tiempo, en un tiempo borroso y desvaído, del que cada vez hay que destacar con medios especiales tal o cual escena determinada. El relato va trasladándose así, en incesante vaivén, de un cuadro genérico a otro individual. Alternativamente la mirada pasa del telón de fondo de lo repetido y acostumbrado, al primer plano de lo singular. Reléase, en el capítulo citado, el pasaje en que se nos presenta a Medrano, el viejo escudero, y se echará de ver este doble juego de acomodación óptica. Primero, la vaga descripción de lo que solía acontecer "casi todas las tardes" (pág. 19); luego, el relato textual de lo ocurrido y lo dicho precisamente "aquella tarde" (pág. 21). Igual procedimiento se repite en numerosos pasajes del libro. Recordaré algunos, elegidos al azar.

Parte I, capítulo 8: A grandes trazos, designando más que describiendo, se nos presenta a Ramiro en el fervoroso "arrobamiento del primer amor". Pero en cuanto el novelista intenta, a renglón seguido, sustituir esa larga mirada de conjunto por una serie de atisbos rápidos a la intimidad de su héroe, reaparece la vaguedad temporal, apoyada, como en el caso anterior, por la acumulación de imperfectos —pasaba las horas..., miraba hacia el jardín..., parecíale..., imaginaba... —y de indeterminadas fórmulas adverbiales: "algunas" mañanas, "muchas" veces, "ciertos" instantes, en otra ocasión. Así, pues, cada uno de tales momentos no vale en la historia del protagonista como "ese" momento, uno e irrepetible, sino como señal

genérica de un proceso largamente extendido en el tiempo: la situación de espíritu del personaje.

Unas páginas más, y ya aparecen las escenas individuales, nítidamente recortadas sobre el fondo estático y desvanecido. "Cierta tarde, vió pasar a Beatriz..." (nótese el cambio de tiempo verbal, aunque persistan —en singular— las mismas formas encabezadoras de los otros ejemplos); "Cierta día la preguntó..."; "Una tarde de fines de agosto, el escudero vino a decirle...". Ya no se trata de procesos de duración indefinida; son, por el contrario, como narraciones dentro de la narración total; pequeños relatos conclusos en sí mismos; episodios, por lo común, agitados y hasta violentos — es decir, intensamente dinámicos, en oposición a aquel estatismo y vaguedad que encontrábamos en las escenas "típicas".

Parte I, capítulo 21: Descripción "típica" de las reuniones en casa de don Iñigo. "De ordinario..." Ya se anuncia, con este marco adverbial, la presentación de un cuadro genérico. Sigue, en efecto, un lento desfile de personajes en primer plano, con sus gestos y palabras habituales, con su traza, sus ademanes, sus "tics", sus atavíos: notas inconfundibles, pero de siempre; diálogos chispeantes y discursos cálidos e impetuosos, pero que pudieron declamarse en cualquier ocasión. Don Alonso, don Iñigo, don Diego de Bracamonte, don Enrique Dávila, don Gaspar Vela Núñez aparecen y desaparecen, uno tras otro, como máscaras, hablando y accionando del modo que *solían* hacerlo. Unas líneas apenas, al final del capítulo, resumen el genio y figura de estos personajes: "Casi todos aquellos hombres eran..." Y los pocos rasgos que el novelista traza, al envolver implacablemente en una misma imagen a "casi todos aquellos hombres", borran aun más la singularidad de cada uno, incorporándolos a un tipo general de adusto hidalgo castellano.

Parte I, capítulo 10: Aquí el resumen precede a la descripción circunstanciada. Hasta es posible distinguir, por un examen atento, no dos, sino tres etapas sucesivas en es-

te camino de lo simbólico a lo particular. a) Pág. 86: "A los diez y siete años... Ramiro tomó un aspecto recio y adulto...", etc.: sumarisimo retrato, seguido de una enumeración de escenas típicas —lecturas y ensueños de Ramiro; enseñanzas, arrebatos y apóstrofes del Canónigo— con que se nos quiere mostrar la paulatina formación, o deformación, del alma del discípulo en un período impreciso de tiempo, a partir de la fecha indicada. b) La segunda etapa se inicia, en la página 89, circunscribiendo de inmediato la acción en el tiempo ("una tarde") y en el espacio ("en la hondonada que corre entre el convento de la Encarnación y los muros de la ciudad"): como se ve, tránsito a la narración concreta. ¿Concreta? Todavía no, a decir verdad. Los imperfectos siguen aún esfumando el perfil del tiempo: "aquel sitio único exaltaba su alma", "hablábase de una posible sublevación de todos los moriscos". c) Sólo en la escena de quiromancia (página 91), precedida del breve coloquio entre los dos oficiales de cantería, es donde se cumple la tercera etapa: la del relato singular. Y aquí, como era inevitable, el imperfecto cede su lugar al perfecto. El diálogo de los menestrales, en que precisamente comienza el uso del perfecto, es el eje sobre el cual gira este cambio de visión. Cierra el relato indefinido, y, sin entroncar directamente con el asunto central de la obra —esto es, manteniéndose como relato concluso en sí—, insinúa y prepara la técnica narrativa del episodio siguiente: el encuentro con la vieja adivina y, lo que más importa, la aparición del lectoral.

Idéntico esquema, de tres etapas, se repite en el capítulo 27 de la I parte: a) "Los días inmediatos..."; b) "Una tarde calurosa de fines de abril..."; y a continuación, como si el novelista contemplara el paisaje con los ojos de Ramiro: "El valle... mostraba allí lejos..."; c) "Entró en la ciudad y... vió en torno a la fuente ocho o diez mozas de cantar...". Como en el caso anterior, los perfectos ya anuncian la aparición de Beatriz y doña Alvarez.

Las dos escenas anecdóticas que se narran al final del

capítulo 9 corresponden a los tipos *b* y *c* respectivamente. Ambas comienzan por fórmulas vagas como "un día..." y "una tarde..."; pero la primera —la de la tentación diabólica al morder el canónigo la fruta— es de carácter "típico": un ejemplo, entre tantos, de esa vida inquieta y asediada por la idea del demonio; mientras la segunda —la de Aldonza— es netamente individual: un avance en el desarrollo de la acción.

Parte III, capítulo I: a) Larga narración imprecisa de las dos primeras semanas de Ramiro en Toledo: "a veces...", "ciertos días...", con las consiguientes descripciones a base de imperfectos; b) Simple enunciación del relato concreto: "Una tarde... ligó Ramiro amistad con el viejo espadero Domingo de Aguirre"; luego, en una serie de imperfectos, otras tantas ojeadas desde el alma del protagonista: el paisaje, la ciudad, los paseantes, el sopor de la siesta; c) Finalmente, en perfecto, el relato singular, que se inicia con la interrogación de Aguirre: "—¿Da licencia el caballero...?", etc. De igual modo en el capítulo siguiente: a) "En los días que siguieron..."; b) Descripción de la fragua, en imperfectos; c) "Cierta vez...": narración concreta.

Caso distinto es el del capítulo 22 de la I parte, donde el carácter típico de la escena que se describe resulta de su expresa inclusión en un género: "Era uno de esos días de invierno en que el alma se siente...", etc. "Uno de esos" días consabidos del lector; uno de esos días en que el alma de todos "se siente apartadiza y doméstica" como la de Ramiro. Aquí llega a su punto más alto el vaciamiento de la ocasión individual en un molde genérico, su reducción a puro signo, no sólo de otras situaciones análogas en el espíritu del personaje, sino de un estado habitual en cualquiera de los lectores, en el lector más cualquiera.

meses y días era sólo un andamio empleado en la construcción de la obra: instrumento útil, pero de utilidad pasajera. La distribución del relato en unidades de tiempo puede servir al escritor —y en nuestro caso le sirvió, sin duda— de recurso con que ordenar su materia biográfica, es decir, la vida prenatal del personaje en la mente del novelista, su historia pensada como historia de un hombre real, sin vacíos ni alteraciones en la marcha del tiempo. Pero en cuanto la novela misma empieza a constituirse y entran a regir sus leyes propias, extrañas a las del mundo físico, ya no es de ninguna manera necesario mantener el turno “natural” que los sucesos aguardan para mostrarse: uno, y luego otro, y otro. Que el antes preceda al después, es orden inevitable en la realidad; mas el novelista puede trastocarlo a su capricho. Multitud de variantes caben en esta operación de *découpage* cinematográfico; ya sabemos —para no recordar sino un ejemplo entre los más insignes— cuánto apasionó su estudio a los críticos y caba- listas de los poemas homéricos; desde los alejandrinos hasta James Joyce.

Lo que quebranta la regularidad de la falsilla cronológica no es sólo la ruptura de la sucesión real de los hechos, sino también la dispareja densidad que voluntariamente se da al curso del tiempo. Su mismo contenido psicológico —la pasión, el dolor, la ansiedad, cada aventura vista y sentida desde dentro, desde los personajes que la viven— se encarga de alterar la regularidad de las horas. Si a esto se agrega la libre alternancia de escenas típicas y singulares, tal como la observábamos en *La gloria de don Ramiro*, comprenderemos que la explícita serie de fechas, de 1570 a 1605, se reduzca así a un armazón de tiempo impersonal en el que viene a insertarse el follaje irregular y frondoso del tiempo vivido. El tiempo abstracto se hace *tempo* musical, ritmo de la sinfonía novelesca, con sus “acelerandos” y sus “ralentandos”, con calderones en que de pronto se suspende el compás isócrono del relato, y acordes bruscos y estridentes que cortan en seco su melo-

día. Atendamos sucesivamente, en la obra de Larreta, a cada uno de estos aspectos.

Entre todos los personajes de *La gloria de don Ramiro*, hay uno solo, el principal, cuya vida se nos muestra íntegramente, de extremo a extremo. Los otros brillan un instante más o menos fugitivo, y desaparecen. Los hay que surgen, como Rosa de Lima, al final mismo de la obra. Alguno —Pablillos— vuelve a presentarse, transfigurado, después de larga ausencia: el paje se ha hecho alférez, y a sus órdenes marchará a América, como soldado, su antiguo señor. Otros, de destino incierto, prosiguen una especie de sobrevida oculta a nuestros ojos, cuando ya la existencia del protagonista se ha borrado de la novela; así Casilda, y el moro de la daga, y muchos más. Otros, en fin, acaban en el escenario mismo, marcando a veces con rastro de muerte —Beatriz, Gonzalo, Aixa— la ruta del Caballero Trágico.

Ahora bien: si se atiende, en cada personaje, a la serie de sus salidas a escena, no será difícil descubrir una razón estética que las preside. Más aún, el movimiento de los personajes es, él mismo, un recurso rítmico y ordenador de la acción. Lo es sobre todo cuando el personaje participa directamente en la historia narrada. No se necesita que, página tras página, le veamos pensar y obrar, secundando al protagonista o haciéndole frente. Bien puede ser que lo decisivo de su intervención se dé como pre-historia, como historia ya ocurrida —quién sabe con cuánta anterioridad— y que desde entonces su influjo se haga sentir entrecortada o embozadamente, pero con incontenible vehemencia, en la vida del personaje central.

Así se nos aparece, en la novela de Larreta, la inquietante figura del padre de Ramiro. Pocas veces baja directamente al escenario; entre una y otra vez se interponen largas ausencias, durante las cuales su vida se desarrolla subterránea e invisible, hasta volver a brotar ante nuestros ojos en un punto lejano de la acción. Por momentos cargados de intensidad, pero distantes entre sí, es como se

manifiesta, pues, la gravitación del anciano de la daga en torno a su hijo. Recorramos sumariamente estos nudos visibles, estos momentos de tensión en que aflora a tierra la existencia del viejo morisco.

En primer lugar, las páginas finales del capítulo III. Aquí el autor, como quien contempla desde lejos el pasado, nos informa sobre los amores de doña Guiomar y el hijo de Aben-Djáhvar. Con esta mirada hacia atrás, se sitúa al lector en la entraña del argumento. Cuando, más abajo, el moro aparezca junto a Ramiro o frente a él —amparándole con paternal solicitud en el bodegón del “Nazareno” y en la refriega con los conspiradores, o echándole en cara el perjurio y el desagradecimiento para con Gulinar y Aixa (parte III, capítulo 5)—, entonces el lector, ya dueño de la clave, se verá forzado a valorar con relación a ella la actitud del anciano y la de su hijo. Más adelante hemos de ver cómo en toda la obra el novelista maneja y gradúa con deliberado propósito estos juegos de tensiones y distensiones. Aquí sólo importa, para comprender escenas como la que se narra en el citado capítulo 5 de la III parte, tener en cuenta ese choque de puntos de vista: el de cada uno de los interlocutores, y, por encima, o al menos por fuera de ellos, el del lector. Ramiro debatiéndose entre oscuras sospechas, antes de la revelación; el anciano, sabedor de la verdad, y a punto de encontrar la muerte por mano de su hijo; el lector, siguiendo grado tras grado ese clímax emocional que culmina y estalla en la reticente exclamación del morisco: “¡Ah! ¡No quiero maldecirte, porque la maldición de un padre es siempre escuchada por Alá!...” (Compárese con otras escenas análogas, pero de fuerza teatral mucho menor: por ejemplo, en el capítulo 16 de la I parte, la aparición del anciano en la casa de la morería).

Lo que se da por ocurrido antes de los episodios iniciales de la novela, la historia de doña Guiomar y el moro tal como se relata retrospectivamente en el capítulo 3, constituye el soporte de la narración íntegra. Pues toda ella no

hace sino seguir el abrupto itinerario que el protagonista recorre entre dos situaciones espirituales extremas: entre su falsa idea de sí mismo, que le ha sido empeñosamente inoculada desde su niñez, y la certidumbre de su origen deshonoroso, tal como surge de la revelación final del morisco. Tensión permanente entre lo que Ramiro creyó ser y lo que de veras es: he ahí el resorte profundo de la novela. Larreta ha preferido que la tensión se establezca sólo en el espíritu del personaje. Pero claro es que hubiera podido arrastrar también dentro de ella al lector, con no haber declarado el secreto desde comienzos del libro, de suerte que nos enteráramos de él cuando el propio personaje se enterara, como en las buenas novelas policiales. En la forma adoptada de hecho por nuestro novelista, el lector asiste "desde fuera", según vimos, al sucesivo esclarecimiento del enigma. Sucesivo no sólo porque el héroe va pasando de la ignorancia a la leve sospecha y de ésta, cada vez más premiosa, al seguro descubrimiento de su bastardía, sino además porque otros personajes entran en el secreto antes que él, precediéndole en su marcha hacia el conocimiento de la pavorosa verdad.

No es este caso —el de los amores de doña Guiomar— el único en que Larreta refiere los hechos sin presentarlos, nos ilustra sobre ellos como sobre asunto ya pasado y remoto que no vemos acaecer ante nosotros a manera de devenir, de proceso, sino que lo alcanzamos por sus consecuencias tardías. Al distinguir entre cuadros típicos y cuadros singulares, ya hubo ocasión de notar ciertos pasajes de *La gloria* en que un período más o menos largo de la vida de Ramiro se compendia en pocas líneas, por medio de designaciones más que de verdadera narración. Es lo que ocurre en los primeros capítulos de la novela. Repárese en que la historia de Ramiro, aunque abarque la vida toda del protagonista, comienza *in medias res*. Porque si la escena final, narrada en el Epílogo, acaece un día después de morir el personaje en cambio Ramiro es ya niño de once años cuando por vez primera nos lo pre-

senta el novelista, en el torreón de Valle-Amblés. Su historia anterior se nos da en los capítulos siguientes, como información retrospectiva. Si, para mayor precisión, llamáramos relato *dramático* al de lo que ocurre ante nuestra vista, en presente, y relato *épico* al de lo que el autor nos cuenta como ya ocurrido, diríamos que los años de infancia de Ramiro, anteriores a 1582, se dan en relato épico. Nos enteramos de los sucesos, no asistiendo a ellos, sino escuchando al novelista. El relato "avanza deslizándose sin motor"; como ingeniosamente ha dicho Luis Emilio Soto. El narrador, en vez de disimular y mover ocultamente los hilos de la ficción, aparece en escena a la vez que sus personajes, alternando con ellos, para explicarnos mejor lo que ocurre, para ponernos en antecedentes históricos, para ilustrarnos sobre la figura o el carácter de los interlocutores: procedimiento secular del relato, y todavía tan corriente que cuesta persuadirse de que no es indispensable.

Pero ¿cuál será su oficio en este caso determinado—los primeros capítulos de *La gloria*—, en esta breve narración de la niñez de Ramiro? Dos o tres detalles bastarán para orientarnos. Son, justamente, el franco predominio del relato épico sobre el dramático; la abundancia de escenas genéricas al comienzo de la obra —porque incluso lo anecdótico es aquí *exemplum* y no historia viva—; en fin, la celeridad con que de capítulo en capítulo pasan para Ramiro los años: los siete con que se nos aparece en el capítulo cuarto, son nueve en el quinto, son once en el primero (que se adelanta cronológicamente a los cuatro capítulos que le siguen), y trece en el sexto. Por poco que se medite en esta particularidad, se advertirá que lo importante no es aquí mostrar de qué modo pasa el tiempo, sino hacernos saber, simplemente, que el tiempo pasa. Se diría que pasa en abstracto, en un raudo desfile de números vacíos —7, 9, 11, 13—, como en esos "films" que con la veloz sucesión de las hojas de un almanaque o con el giro de las agujas de un reloj dan a entender el

tiempo justo que transcurre entre dos acontecimientos. Podríamos fijar, como límite aproximado de esta primera etapa de la biografía, la empresa de espionaje de Ramiro y la subsiguiente historia de Aixa. Hasta entonces, Ramiro no actúa como personalidad libre, no configura la materia del tiempo; se limita a padecerlo, dejándose arrastrar por su corriente hasta llegar a un remanso —el de los episodios citados— en que la visión panorámica y enumerativa es reemplazada por grandes cuadros singulares, de ritmo lento y de formas y colores precisos. (En curiosa simetría con esta presteza inicial de la obra, el relato del fraile a Santa Rosa, en el Epílogo, cierra la novela ajustándose al mismo procedimiento. Es relato final de tragedia clásica. Un personaje secundario se encarga de hacernos conocer la suerte última del protagonista: su vida de aventura y pillaje en América, su definitiva conversión, su muerte —ocurrída "detrás del escenario", conforme a los preceptos de la *bienséance* clásica).

El relato épico sustituye en multitud de casos al dramático. Como relato épico, como historia indirecta y no como drama, se nos aparece don Iñigo de la Hoz en el capítulo 2 de la I parte: larga noticia biográfica cuya sola intención novelística, apenas disimulada, es la de presentarnos al hidalgo español frente al caudillo moro Aben-Djáhvar. Cumplido este deber de explicar por adelantado la aparición (en el capítulo siguiente) del seductor de doña Guiomar — el cual es precisamente hijo del caudillo martirizado por Iñigo—, la narración biográfica concluye. Ya estará advertido el lector. Ya sabe, antes de la expresa declaración del morisco de la daga, por qué quiso éste "herirle su honra" a don Iñigo. Ya se ha insertado la vida del moro, o lo que de su vida interesa, en el destino de Ramiro. Ya se ha dado el porqué de la angustia, del dolor silencioso que flota en la casa de don Iñigo, donde el protagonista vive los desolados años de su infancia.

Otra violenta intervención del escritor para ponernos en lejanos antecedentes es, en el capítulo II, aquella

minuciosa explicación del linaje de Gonzalo: exhibición prolija de árbol genealógico, de privilegios, de armas. En la vida, en el pasado, en la interioridad de cada criatura no se nos hace entrar por repentinas vislumbres, como entramos en el alma de un personaje de Dostoievski. No se deja que el lector infiera por su cuenta lo que los hombres son con sólo verlos actuar, sino que el novelista se toma el trabajo de darlo todo en documentos bien detallados, en enumeración completa de abuelos y títulos. También aquí se calcula y se prepara de este modo una situación ulterior de la novela: la continua y tácita confrontación de alcurnias entre Ramiro y su rival, Gonzalo, que el novelista se complace en subrayar a veces sarcásticamente, como en las palabras de don Alonso a Ramiro (página 157): “—Nunca dudé de la honra de quien lleva una sangre tan calificada y tan limpia como la vuestra”, o bien cuando, en el capítulo 4 de la II parte, exclama Beatriz: “Mi padre dice que Ramiro descende de los linajes más antiguos y claros de Castilla”. Palabras de intención tanto más doble y retorcida (a despecho de quien las pronuncia) cuanto que las está oyendo don Alonso —¡el mismo don Alonso!—, que pocos días antes ha recogido de labios de Iñigo, moribundo, toda la verdad, y que exhortará luego a su hija, “con la mano en alto y la voz estremecida y solemne: “¡Antes morir..., antes morir que mancillar nuestra clarísima sangre con sangre de moros!”

Inútil mencionar otros pasajes en que el autor opta por explicarnos lo que ocurre, en vez de hacérselo ver. Aquellos momentos de pura designación que más arriba hemos visto entre las escenas “típicas”, obedecen también a este procedimiento explicativo de *mise au point*. Se dan los resultados en lugar de presentar el desarrollo mismo del proceso. En algún caso, el propio Larreta usa abiertamente esa palabra: resultado, así cuando en el capítulo 10 resume, en una serie de rótulos, quién sabe cuántas y cuáles complejas experiencias psíquicas: “El resultado fué que llegó a creerse elegido por Dios... Suprimió

de su campo mental lo mediano, lo prolijo, lo paciente...", etc. Hablar de resultados (y de "campo mental") en vez de proyectarse al interior de los procesos mismos es, naturalmente, hablar como psicólogo, como tratadista de psicología. Pues para el tratadista de psicología al uso, no rige la obligación de identificarse con la realidad que está analizándose: a él le basta referir los fenómenos a la correspondiente sección de su casillero, a una retícula de nociones consabidas —monomanía, teomanía, megalomanía— que, si convienen en nuestro caso a Ramiro, es porque hacen de él un representante de la innumerable especie de los teómanos, megalómanos, etc.: vaga noción a donde se nos remite como pudiera remitirnos al capítulo número tantos de tal o cual tratado de psicología o psiquiatría. Claro que para el artista las obligaciones son muy otras. ¡Y qué placer, para los lectores, el de encontrarse directamente, bruscamente, con los personajes de la novela, y no con un cicerone gárrulo y obsequioso que se empeña a toda costa en serles servicial!

Para eludir tan enojoso intermediario, el novelista cuenta con multitud de recursos. En primer término, el de mirar las cosas a través de su personaje. Páginas más arriba, vimos un ejemplo de ello en la obra de Larreta (capítulo 27 de la I parte): el paisaje se describe desde el punto de vista de Ramiro. Punto de vista que no sólo ha de entenderse en sentido material, puesto que a la deformación óptica de los objetos se agrega un escorzo más íntimo y sutil: el que resulta de la peculiar valoración afectiva con que las cosas son aprehendidas por el personaje. Al ejemplo citado podrían añadirse muchos más. El escritor se esfuerza en hacernos ver las ciudades —Ávila, Toledo—, no en cuadros objetivos e impersonales, sino como conviene a la precisa situación espiritual que Ramiro atraviesa en ese instante. Del mismo modo vamos recorriendo, con el protagonista, el ruinoso caserón en que se le aparecerá Aixa. El relato se mantiene siempre en un punto de mira unitario; vemos los sucesivos detalles a medida que los

ve el personaje. Ramiro entra en la silla de manos. La silla avanza durante un tiempo "difícil de apreciar" (difícil de apreciar para Ramiro, claro está). Este avanzar de la silla es pura ilusión; días más tarde —según se explica en el capítulo 13— Ramiro comprueba, mirando por entre los cueros de la silla, que "los conductores no hacían sino dar vueltas y revueltas dentro del mismo patio de la casa". Si el autor comienza, pues, por decirnos que la silla de manos avanza, es porque su propia visión sigue identificada con la del protagonista. Así en lo que se relata luego. La silla se detiene; al descender Ramiro, Gulinar le venda los ojos; reflexiones heroicas de Ramiro; él y la anciana bajan algunos peldaños; Gulinar silba; rechina una cerradura; luz sobre los ojos, a través de la venda; fuerte olor a sahumero; Gulinar le desata a Ramiro la venda. Todo esto ha sido visto, pensado, sentido por el personaje. Mas en la descripción que sigue, el procedimiento difiere en absoluto: ya no se narra desde Ramiro, y sí desde el punto de vista general del autor y del lector, omniscientes. Los detalles no van apareciendo, no se completan y corrigen unos a otros, sino que ya se conocen íntegramente y de antemano. Pues hasta se nos hace ver lo que Ramiro, absorto, no veía, según expresa declaración del escritor: los mármoles, los cristales, los terciopelos.

El punto de vista "personal" —esto es, del personaje— se procura asimismo en aquella última escena del capítulo 22 en que Ramiro y el Canónigo, escondidos "en la cuadra del piso bajo", escuchan la confabulación de los hidalgos contra el rey. Sistemáticamente, todo lo que entonces ocurre se vierte en percepciones auditivas: el lectoral y su discípulo reconocen, uno a uno, a los distintos oradores; oyen coros de aprobación, se sobrecogen de asombro al escuchar la voz de don Iñigo; luego, ruido de papeles que se despliegan, lectura del cartel rebelde, sordos vitores de aprobación, resonar de sillas al levantarse los conjurados.

Otros ejemplos de evidente construcción de un pun-

to de vista unitario. Página 258: "Llegado que fué el próximo domingo, Ramiro se engalanó como nunca y, a las tres de la tarde, fuése a visitar a don Alonso... Cuando Ramiro penetró en la cuadra de las pinturas, Blázquez Serrano regalaba a sus amigos con la sorpresa de un nuevo cuadro adquirido en la corte", etc. El imperfecto, *regalaba*, ya nos dice que la escena se describe como sorprendida por el ojo de Ramiro. Para comprobarlo, ensayemos un fácil experimento con las palabras transcriptas. Suprimamos del comienzo la alusión a nuestro personaje. La frase quedará, por ejemplo, en esta forma: "Llegado que fué el próximo domingo, a las tres de la tarde, Blázquez Serrano regaló a sus amigos con la sorpresa...", etc. *Regaló*, no ya *regalaba*. El tiempo verbal elegido por Larreta denuncia claramente la trasposición del hecho narrado al punto de vista de Ramiro. Es como si se dijera: "Cuando Ramiro penetró en la cuadra de las pinturas, (vió que) Blázquez Serrano *regalaba*...", etc. Aquí resalta, diáfano, el sentido del imperfecto *regalaba*, precisamente porque aparece en contraste con el perfecto *vió*. El perfecto abarca en un trazo sintético la previa acción de ver; el imperfecto nos hace entrar detenidamente en la visión misma del personaje. En el primer caso, queda anunciada la presencia de un espíritu que, sin ser el del escritor ni el del lector, está frente al hecho objetivo; con el imperfecto, ya estamos viendo el hecho mismo, pero a través de esa lente espiritual antes extraña. Identificación con el personaje, visión de las cosas a través de su alma; tal es aquí el papel estilístico de *regalaba*, y de los imperfectos que le siguen en el pasaje indicado. Es éste un nuevo oficio del imperfecto —además de aquel otro de indeterminación temporal que habíamos visto ya—: oficio de incomparable eficacia expresiva, y del cual, sin embargo, nada suelen decir nuestras gramáticas.

Parte III, capítulo 3: Auto de fe en Toledo. Desde un balcón, Ramiro y Domingo de Aguirre observan, de pie sobre sendos taburetes, el desfile de los reos. De pron-

to un vocerío atronador anuncia que se acercan los relajados, los condenados a la hoguera. Entonces "Ramiro se empinó sobre el taburete" (perfecto: punto de vista externo, de narrador que mira desde fuera la conducta de su personaje). Pero la descripción que sigue inmediatamente, toda en imperfectos, es la de la escena contemplada por el propio Ramiro: "Dos familiares del Santo Oficio y cuatro soldados custodiaban a cada uno de los reos, mientras un fraile dominicano le predicaba continuamente... Todos llevaban, a más del sambenito, el bonete trágico y burlesco... Era una procesión de aquellarre..." Completando y reuniendo hipotéticamente ambos párrafos, como hicimos con el ejemplo anterior, tendríamos aquí: "Ramiro se empinó sobre el taburete (y entonces vió que) dos familiares del Santo Oficio y cuatro soldados custodiaban...", etc.

Así también se nos aparece en la novela, por primera vez, don Felipe de San Vicente, a quien está observando el Canónigo, y a quien Larreta describe, justamente, a través del Canónigo, a través de su envidiosa y callada animadversión: a) "Púsose a contemplar a aquel hombre de oscuro entendimiento..."; b) "Su estatura era... Había en todo su rostro... Su labio inferior se alargaba hacia afuera...", etc. Sin necesidad de emplear un nexo lógico —"entonces vió que..."—, el cambio de los tiempos verbales basta para dirigir a voluntad la mirada del lector hacia la actitud externa y visible del personaje, o bien hacia los adentros de su alma.

Con todo, tales medios resultan aún insuficientes cuando lo que se quiere expresar es, sí, una visión subjetiva, pero visión borrosa en que se funden los contornos y los colores; en que el rápido sucederse de las impresiones no deja tiempo para deslindarlas entre sí, ni para referir cada una de ellas a un objeto independiente: estados penumbrosos, de relajamiento de la conciencia, de vigilancia mínima; instantes vecinos al sueño o al vértigo, muy de nuestra cotidiana intimidad, aunque por lo general tan

desatendidos. Las imágenes fluyen vagamente entremezcladas. Ni somos capaces de articularlas en series conexas: su expresión verbal más exacta sería el grito, el solo nombre aislado, sin llegar a constituir perfectas oraciones.

Pues bien: precisamente en frases nominales traduce Larreta las impresiones de Ramiro ante el auto de fe cuando, al contemplar a Aixa, la violenta conmoción borra de sus ojos todo "el resto del desfile". También aquí el relato empieza por una ojeada exterior, con su consiguiente perfecto: "El resto del desfile viólo pasar como en un sueño". Luego, impresiones aisladas, en el orden desordenado con que van llegando a la conciencia de Ramiro, "como en un sueño"; religiosos, familiares, el arca de las sentencias, el rojo estandarte; en fin: "blancor de golillas y cabrilleo de joyas sobre los trajes retintos". Adviértase cómo el novelista se esfuerza por reflejar en sus palabras, cuidadosamente pensadas, la imprecisión de las imágenes exteriores al proyectarse en la sensibilidad del personaje. "Golillas blancas" y "joyas cabrilleantes" habrían significado exactamente los mismos objetos, pero en un orden lógico de recepción y reconocimiento: primero el nombre de las cosas, después su correspondiente calificación. Y ese orden "lógico" es el que ha querido soslayar Larreta. Lo que Ramiro en verdad empieza por sentir —más que percibir— no es sino un vago blancor, un confuso cabrilleo, cuya causa (y hablar de causas ya es pasar de Ramiro al escritor, o a un Ramiro de conciencia más alerta) son esos objetos determinados que se llaman "golillas" y "joyas". Lástima que, en esta misma enumeración, uno que otro detalle —flecós de oro, varas de ébano enriquecidas de plata— insinúe, en medio de la neblinosa visión del personaje, la mirada atenta del escritor, demasiado cercana e incisiva.

Señalaré, por último, otro pasaje en que Larreta ofrece una más compleja combinación de puntos de vista: el capítulo 18, incluyendo el brusco *hiatus* temporal que lo separa del capítulo anterior. Es un juego múltiple

de enfoques, un zigzag de ojeadas "personales" y ojeadas externas con el que se aspira a representar los saltos de la sobreexcitada imaginación de Ramiro, herido y febril; el tumulto de sus recuerdos, el dolor físico, la contagiosa mordera de la tarde estival. Sin duda, es éste el pasaje más conscientemente "construído" por el autor en cuanto a la gradación y coordinación de los puntos de vista. Pero de mayor interés que analizarlo con referencia a este problema me parece señalar en él un elemento que no encontrábamos en los casos anteriores: la narración de lo sucedido, no como mero relato épico, a cargo del novelista, y sí como recuerdo, como pasado que revive en la mente del personaje.

En efecto, las últimas líneas del capítulo 17 presentaban a Ramiro en acecho, avanzando en la oscuridad hacia los conjurados. De pronto la narración se corta; el capítulo concluye. Vuelve el lector la página, y se ve repentinamente transportado a un "ahora" que corresponde, en el tiempo físico, a varios días después del ahora anterior, y en el cual Ramiro no hace sino recordar los sucesos pasados. Prescindiendo aquí del salto en el tiempo, atendamos meramente a esta grieta o ruptura de la narración. Se trata de uno de aquellos juegos de tensiones y tensiones a que aludí más arriba. El relato anterior a la ruptura enfocaba los hechos ajustándose a la marcha natural del tiempo. El relato posterior los enfoca en sentido opuesto: primero los resultados —el delirio, la herida—; luego las causas, la pelea con los conspiradores. Actitud propia, no de quien vive en carne y hueso la aventura misma, sino de quien lanza su memoria *à la recherche du temps perdu* (1).

(1) Compárese con otros cuadros vistos "a redrotiempo", como gusta decir Unamuno: el de la cacería, en el capítulo 13; el primer encuentro con Pabillos, en el capítulo 5 de la II parte; la angustiada evocación de las culpas de Ramiro, en el capítulo 2 de la III parte. Es interesante anotar que tales escenas recordadas no difieren, en intensidad o nitidez, de las directamente presentadas. La realidad pasa intacta por la memoria del personaje; su luz no es absorbida ni refractada en absoluto por el alma que atraviesa.

Pero otras veces el orden recíproco de la tensión y la distensión es inverso. El momento de intensidad mínima precede entonces al lance inesperado, con lo cual adquiere éste un relieve tanto mayor. Así prepara Larreta —haciendo adormecerse a don Felipe y perderse en mudas divagaciones al Canónigo— la estruendosa disputa entre los dos hijos del señor de San Vicente, y el lacayo, y doña Urraca. Una fórmula breve y nerviosa, "de pronto...", como una disonancia que rompiera bruscamente el hilo melódico, señala el pasaje del mínimo al máximo de tensión. De igual modo, en el capítulo 22, se interrumpe el duermevela de Ramiro con el destemplado vocerío de los parciales de Bracamonte.

Caso más sutil es el que ya hemos visto de pasada, al considerar cómo el punto de mira del lector se mantiene por fuera de la tensión entre los personajes. Me refiero a aquellas situaciones en que la tirantez está determinada por un hecho que el autor y el lector conocen, pero que el protagonista ignora aún. Además del ejemplo entonces mencionado, recuérdese (capítulo 16) el de la alternativa plegaria de Aixá y el anciano, cuyas palabras provocan en Ramiro "vivo impulso de levantarse y escupir en el rostro de aquel hombre". Al mismo procedimiento responde el cambio de cartas entre doña Guiomar y su hijo, a quien exigen, en el Colegio del Arzobispo, que pruebe su limpieza de sangre. "¿No bastaba, acaso, —clama altivamente Ramiro—, con saber mis apellidos y que soy hijo vuestro y descendiente de tan claros agüelos, para excusar toda probanza?... ¡Pero es fuerza acomodarse a la regla!" El lector queda con el ánimo dividido y perplejo. ¿Qué podrá responder; a esto doña Guiomar? "Doña Guiomar le envió... un lacónico billete diciéndole que regresara cuanto antes, porque su abuelo se hallaba muy malo". Y el mozo regresa. La tensión no se resuelve: queda sin respuesta la indignada pregunta de Ramiro, con su pedido final de pruebas. La flecha parte, pero se pierde oscuramente en la taciturna doña Guiomar.

Ahora bien: ¿no habrá, a lo largo de la novela, un eje unitario sobre el cual se organicen estas sucesivas tensiones y distensiones? Sí; y es justamente una tensión más, pero esencial: nuestra incertidumbre sobre el destino del protagonista. Lo aborascado de su existencia hace presentir, desde las páginas iniciales, un desenlace repentino y trágico. Toda la novela podría concebirse como un desfile alternado de fuerzas que aceleraran o retardaran la muerte y salvación de Ramiro. Así es como el protagonista atraviesa escenario tras escenario, Avila, Toledo, Córdoba, Lima —y también escenarios de alma: Beatriz, Aixa, Santa Rosa—, saliendo de un círculo mágico y cayendo en otro.

Pero, por más que tantas vidas se entrecrucen con la suya, él acaba por quedar siempre en áspera soledad, sin encontrarse siquiera a sí mismo. Ni su propia e individual historia es la lenta marcha de un espíritu hacia el cumplimiento de su vocación profunda. No es la armoniosa parábola descrita por la evolución interior de un hombre, sino una línea quebrada de contradicciones, de estados de ánimo opuestos y accidentales que el azar va determinando, de fuera adentro. Don Ramiro o la fuerza del sino. El perjurio y el crimen parecen asegurar la perdición final del héroe; y cada uno de estos pasos atrás, de estos atajos y recodos que lo desvían continuamente, nos llenan de inquietud dolorosa por la improbable salvación de su alma. Congoja que se exaspera cuando sentimos aletear en torno de Ramiro la invisible presencia de la muerte, hasta que la muerte misma —incidiendo por fortuna en una fase de arrepentimiento y santidad del héroe— pone fin al torbellino de aventuras que el autor, paradójicamente, acumula en su historia. Paradójicamente, porque la fragosa existencia personal del protagonista se reduce de este modo a cifra abstracta de un vago modo de espíritu: el del "español en tiempos de Felipe II".

Pero, de problema en problema, hemos llegado precisamente... al punto de partida. Con esto concluye, claro está, el viaje de circunnavegación. Quedan por decir dos palabras sobre la naturaleza del viaje mismo, sobre cuál es la idea que le ha servido de norte. Es el convencimiento de que en vano se tratará de comprender una obra literaria si no se examina en primer término el proceso de su creación, analizando las cuestiones técnicas que probablemente el autor debió de meditar (con mayor o menor grado de lucidez teórica) y a las que ineludiblemente debió dar una solución (más o menos feliz). Es, por otra parte, la certidumbre de que el comprender la obra, debe ser tarea anterior a la de calificarla y, desde luego, al vejamen o a la desafortada alabanza. ¿Cómo no poner en claro lo que las cosas son, antes de juzgar si es así como debieran ser?

Recelaba Gracián: "Nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto". Pero ya había dicho Teresa de Ahumada en el *Libro de su vida*: "De devociones a bobas nos libre Dios". Nada más indecoroso que comenzar por proponerse la veneración y empecinarse luego en justificarla. Ni se ha de temer que el análisis de la obra literaria, así concebido, profane el misterio poético y malogre su directa gustación. La inteligencia es menos apta para quitar misterio al misterio que para añadirle motivos de maravilla.

Instituto de Filología, diciembre de 1934.

El sentido social del proceso histórico de México

Por JOSE M. PUIG CASAURANC

Sexta plática

EL GRAN PERIODO CONSTRUCTIVO DE 1924
A 1928

*Calles. Un ensayo muy incompleto de interpretación
humana.*

El momento es particularmente favorable para que un escritor mexicano pueda juzgar a Calles, aun siendo originalmente amigo suyo, porque uno de esos inevitables movimientos de "aceleración del ritmo revolucionario", a que nos referíamos en nuestra plática anterior, acaba de eliminarlo de la acción política y de la influencia de gobierno, en México. Todo lo que digamos, pues, en honor suyo, al estudiar su carácter y la obra realizada durante su período presidencial, de 1924 a 1928, tendrá, nos parece, indudables perfiles de desinterés político.

Calles ejerció desde muy joven, hasta que los azares de la revolución y seguramente sus convicciones, sobre todo de orden social, lo llevaron a las filas del ejército constitucionalista, la profesión de maestro de escuela (1).

Durante su actuación profesional, frecuentes rebeldías y protestas contra gobernadores de Estado, contra alcaldes tiránicos y regidores insolentes: la eterna historia, universal, que conocen tan bien los maestros de escuela, en las épocas en que están sujetos a una burocracia política "de cabotaje", llámémosla así, particularmente en las provincias mal administradas. Esos años de maestro deben haber preparado su espíritu en una recia disciplina mental, efectiva y sencilla, y haberle dado ese léxico que lo caracteriza: de concisión, de precisión y claridad de los buenos maestros en frente de un auditorio al que no sólo se quiere enseñar, sino enseñarle a respetar y a obedecer.

De soldado, muy pocos signos exteriores. Ni uniforme militar usó en muchos años de campaña, ni, en ningún caso, pistola o espada. En realidad, la única vez que nosotros hemos visto de uniforme al general Calles hubo necesidad de que sus amigos le consiguiéramos, apresuradamente, un uniforme de campaña de General de División.

Nosotros lo conocimos, personalmente, hasta 1923. Diputado federal, por segunda vez, desde septiembre de 1922, era mi regla de conducta no precipitar acercamientos con los gobernantes, y Calles era Ministro de Gobernación. Militábamos en el mismo sector, teórico, mal definido, de la izquierda. Los debates al margen de la primera Ley de Nacionalización del Petróleo y del primer intento de leyes reglamentarias para la protección legal de los trabajadores, nos acercaron personalmente, al fin. Después de una sola conferencia con él, en junio de 1923, y sin haber vuelto a verlo, me sorprendió, en octubre del mismo año, al designarme Presidente del Centro Director de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
(1) Mucho de esta plática está tomado de un juicio sobre Calles que escribí para "El Sol", de Madrid, en 1927, a solicitud de D. Luis Araquistáin. Solo lo relativo a su acción post-presidencial es novedoso.

su Campaña electoral para la Presidencia de la República. Por supuesto que él conocía bien mi entusiasmo por la posibilidad de su candidatura, pero anoto este dato porque él puede ser un índice para juzgar de la rapidez de juicio de Calles para sus resoluciones mas importantes, como era, de seguro, la de entregar a un hombre, con quien sólo había hablado una vez en su vida, el cargo de mayor responsabilidad y confianza durante su Campaña.

Era entonces, y sigue siendo ahora, después de una grave dolencia, ya curada, macizo de cuerpo. Pero más lo era del espíritu. Sin la más leve curva en su pensamiento revolucionario de orden social. Definido, nítido, con lenguaje, aun en la mayor intimidad, de extraordinaria adjectivación muy cuidada, sobria y precisa. En su acción política era, ante todo, "agrarista" y "obrerista". Fundamentalmente revolucionario, también, en todos los demás aspectos de la vida económica y financiera de México, desde la cuestión de jornales, hasta herencias, desde la nacionalización, (socialización, se dice ahora), de las industrias primarias, hasta los más atrevidos —e incumplidos— proyectos de legislación bancaria y financiera en general, de modo de precisar *la función social* que en el mundo moderno debe corresponder a instituciones de esa naturaleza. Pensamientos muy semejantes, por cierto, a los que ha procurado traducir en prácticas o en leyes, el Presidente Roosevelt, en sus intentos de Economía dirigida. Pero hay que recordar que hablamos de 1923, y que fué en 1933 cuando empezó la economía dirigida en los Estados Unidos.

Por supuesto que en esa materia de pensamientos valientes, verdaderamente avanzados, en materias económicas y financieras, como en varias otras, por desgracia, la obra de zapa de falsos amigos, de antiguos colaboradores tímidos, claudicantes, hizo que olvidara, después de 1928, el ideario primitivo, aunque después lo aceptó de nuevo y hasta inspiró buena parte del programa económico de México para la Confenrecia Pan-americana de Montevideo.

Torpedamente, en 1923, se calificaba a Calles de "bolchevique", de "comunista". La verdad es que nunca lo fué. En esa primera vez que hablé con él, en la que quiso definirnos sus ideas, al Sr. Lic Portes Gil y a mí, no ocultó "que se sentía anti-capitalista siempre que el capitalismo estorbaba el mejoramiento del proletariado". Y cuando al decirnos ésto, apunté yo, sonriendo: "lo que parece que sucede en el 80 por ciento de los casos...", Calles rubricó su expresión anterior con un seco: "por lo menos". Pero esto no significa que fuera nunca "comunista". Y no lo era hasta porque juzgaba absurdo e imposible ese régimen exótico en México. Sabía muy bien que aún queriéndolo mi país, que nunca ha querido ser "comunista", ni siquiera podría intentarse el experimento en México mientras no se estuviera haciendo *ya* en los Estados Unidos. Pensar otra cosa era bordar en el vacío y sí por algo se distinguió siempre Calles fué por ser un político y un Estadista con los pies muy firmes en nuestra realidad mexicana. No era, pues, un comunista, pero sí era un decidido hombre de izquierda, en 1923.

Por esa posición tan definida, pocos hombres han despertado, en los sectores reaccionarios, y aun en los moderados, en México, tanta resistencia durante el período electoral, que culminó con un aplastante voto — la primera votación que pasó del millón de votos *verdad*, en mi país. No obstante la resistencia a que aludimos, a los 90 días de hallarse en el gobierno se había ganado ya, por su habilidad de gobernante y su energía constructora, la admiración unánime y el respeto interior y exterior. Para entonces, aún los enemigos más enconados, hasta aquellos que por tradición lo habían sido de todos los gobiernos revolucionarios, desde el señor Madero, se honraban manifestándose, a gritos, "callistas". En solo seis meses de gobierno, a mediados de 1925; Calles tenía ya más de ochenta millones en la arcas, después de cumplir con todas las necesidades presupuestales, fondos que, de decidir usarlos para el sostenimiento físico de su gobierno, significaban la absoluta

imposibilidad de éxito de una rebelión, ya que, en último extremo, guerra significa dinero y no había sector o institución dispuesta a gastarlo en tal cuantía. Lejos de dar aplicación egoísta a esos fondos, los dedicó íntegramente a obras del mayor poder constructivo y de alcance fundamental para la independencia económica de México, empezada a lograr, desde entonces, siquiera en algún aspecto, con el establecimiento del Banco de estado, que tendía a eliminar las acciones peligrosas de algunos bancos extranjeros. Por supuesto, también, que había de torcerse la intención original del Banco de México, que en muchos años no cumplió su función social. (Apenas un Ministro de Hacienda, que ya no lo es, pero que lo fué ya del Presidente Cárdenas, el Licenciado Bassols, acaba de conseguir que cumpla eficazmente con los objetos originales para los que fué creado).

Indicaremos, de paso, que solo en este año se ha vuelto a producir, muy semejante, aquel fenómeno de 1925. Hasta diez años después se produce otro éxito hacendario tan brillante, y ahora también, como entonces, no se guardan egoístamente los millones, sino se les emplea con el más amplio sentido constructivo, de tendencia social: escuelas, carreteras y crédito ejidal.

Pero precisamente porque en la última plática será indispensable, si quiero decir la verdad —y lo quiero— acerca del sentido social del proceso histórico de México; precisamente porque entonces será imposible dejar de señalar debilitamientos del ritmo de acción social, estancamiento y hasta retrocesos, (todo como resultado de un período excesivamente político, del que es en buena parte responsable el General Calles), debemos, para ser justos, recalcar que esta nueva era actual, cierto, de aceleración saludable del ritmo de acción social constructiva del gobierno, se parece mucho a los años de oro del período de Calles. Fue aquella una etapa de fervor. El gobierno tenía, como en los buenos tiempos de Madero, poderoso arraigo popular. El pensamiento no era político, principalmente,

Importaba hacer obra de siembra. Nada detenía la acción útil, quizás porque, entonces, era característico de Calles que aún gentes de su mayor intimidad que *no* tuvieran las afinidades espirituales ni los sinceros entusiasmos de la revolución, *nunca eran invitadas ni admitidas a Consejo*. Podría hacer, y hacían, naturalmente, las incursiones a que se atrevían, a las esferas de la más delicada intimidad, de buceo de opiniones, para combatir las solapadamente, si eran avanzadas, como siempre lo eran, o de interesada expresión de juicios políticos o sociales contrarios al movimiento ideológico y práctico de mejoramiento de las grandes colectividades, que era lo que fundamentalmente se buscaba; pero eran esas voces, en aquel tiempo, como chorros que cayeran fuera del tazón de una fuente. Se resbalaban hasta el suelo y caían sin dañar el contenido de la copa (1).

Podían merecer de Calles una sonrisa, una carcajada, una interjección o un comentario humorístico; pero no torcían la resolución del "hombre de gobierno", de pleno sentido revolucionario social, y no se respondía con la noticia buscada ni las opiniones de timidez o de "presentación de riesgos por el radicalismo de gobierno", merecían en ningún caso aprobación o siquiera un juicio en serio del Gobernante. En aquellos tiempos, esas gentes, que nunca faltan en ninguna situación, estuvieran al servicio del interés personal de políticos o de empresas, sabían que no contaban para nada a la hora de la resolución de los problemas nacionales, y si satisfacían a sus patronos con deslizar su veneno o su interés —y ya con eso cobraban, pues cumplían con su encargo— no se engañaban en cuanto al resultado final de las frases intencionadas, o de las suges-

(1) Hay, en esta parte del juicio sobre Calles, como habrá en adelante, en las dos pláticas que faltan, varios anticipos, muy concentrados, de mi libro en preparación: "Calles y el régimen de "gobierno dual" en México. El crepúsculo de los Caudillos", que esperamos que será editado a principios de 1936, en México. En proceso de redacción (estas conferencias y ese libro) al mismo tiempo, al referirme a los mismos puntos he aprovechado el mismo material para la mayor unidad en los juicios.

tiones, o de los escarceos políticos, o de la propaganda velada reaccionaria: no los tenía en cuenta Calles ni les hacía el menor caso. Después, la vida, el cansancio, las enfermedades, hasta el fastidio, quizás, que a veces agotaría a Calles por el vacío de acción, han de lograr, ya lo veremos, hacerle perder mucho de esa virtud fundamental de resistencia a los cantos de las sirenas, de los tímidos, de los reaccionarios y de los logreros. Llegarán los días dolorosos, de anarquía de voceros, de pretendidos o de ciertos intérpretes, que lo presentarán ahora como "radical" y mañana como "anti-agrarista" y más tarde como "enemigo de las organizaciones obreras". Todos, conscientemente, cavarán su tumba moral, minarán sus prestigios políticos. Pero de 1924 a 1928 nadie lo logra. En aquellos tiempos, el país sabía que camino que decidiera Calles era camino que se iba a seguir; que posición de su espíritu, siempre seriamente meditada y resuelta, era posición en la que se le encontraría seis meses o un año después. No había necesidad de hablar con él a diario. Rumiaba, rumiaba, revolvía el fondo de los problemas, de las personas, de las cosas y solo entonces daba su opinión o su instrucción o su mandato, que se podían seguir y obedecer sin el temor de que a la semana o al mes siguiente se extrañara de una actitud o condenara un hecho, inspirados por él.

"Hombre de una pieza"; "carácter de líneas rectas", juzgaba hasta la reacción. Por eso hasta la reacción estaba pendiente de sus menores gestos. Para saber qué iba a suceder bastaba con aplicar la lógica, porque obedecían siempre sus actos a conclusiones y a actitudes *lógicas*, basadas en sus ideas y en sus métodos, perfectamente conocidos en cada caso. Eran los tiempos en que el oportunismo, que es lo que hace mediocres a los gobernantes, no lo empañaba siquiera. Pero nada de lo anterior quiere decir que no rectificara. Rectificaba con frecuencia; pero cuando lo hacía lo decía francamente; no dejaba que se adivinara su proceso de rectificación política.

Los obstáculos

Tuvo Calles, como principales, los siguientes obstáculos: el llamado "conflicto religioso", al que nos asomaremos al final de esta plática, las resistencias en el interior y en el exterior, por su radicalismo en materia obrera, agraria, en la cuestión del petróleo, en las financieras, en general; falta de cooperación, en varios sectores en los que, él mismo lo ha confesado después, "le falló el material humano", y la rebelión de Serrano y Gómez, en 1927. Pero a pesar de todos los obstáculos, la obra constructiva no se detuvo un solo instante durante su período y para abordar cualquier grave problema, de importancia nacional, o de significación social revolucionaria, no se esperó nunca "el momento político oportuno", que si se espera, paraliza a menudo la acción renovadora, porque no faltan entonces espíritus timoratos que siempre juzgan "que no ha llegado el momento político oportuno para esa acción".

De 1924 a 1928, se hicieron muchas cosas porque cuando Calles tuvo la seguridad de la existencia de un mal, donde fuera, en el ejército, en los ferrocarriles, en los ministerios, en los Estados, se hizo la cura rápida, así estuviera el horizonte político ensombrecido por los más amenazadores cúmulos. E igual fué su conducta con los asuntos y conflictos de orden internacional. Nunca le preocupó una situación interior difícil para pretender resolverlos; marchó valientemente adelante sin importarle su éxito o su fracaso personal, ante el imperativo categórico que en ese campo de la acción ordenaba un recto y sano nacionalismo. Fué así cómo, en el ambiente más preñado de amenazas, se dieron las leyes de irrigación y de división de ejidos para el establecimiento de la pequeña propiedad, (patrimonio familiar), y la ley llamada entonces impropia-mente "de extranjería", que era "de nacionalización", en realidad, y fué así también, ante un horizonte de tormento, como fué expedida a fines de 1925 la legislación sobre petróleo.

Valor; plena resolución, son características inestimables de aquel período, aunque estemos muy lejos de creer que lo conseguido fué en todos los casos el máximun que se pudo conseguir; ya que en ocasiones, cuando la mirada vigilante del guía se iba por otros rumbos, no era raro que la debilidad marcara un retroceso. Pero se trata de un balance general. Cuando una nación tiene ante sí, por lo que se quiera: por fatalidades históricas, por condiciones étnicas, por nuevos imperativos económicos y sociales, por graves vicios de organización de la familia nacional, o por deslices o abulias o incompetencias o crímenes de gobernantes anteriores; cuando por cualquier motivo un país como México tiene ante sí, como tenía en 1924, tremendos, angustiosos problemas, es un mérito casi único, que no puede borrar cualquier fracaso moral de la acción futura, ya no como gobernante, es un mérito único, ejemplar, no haber eludido ningún problema; haberse enfrentado valerosamente con todos. Ni siquiera se fué enfrentando Calles con ellos, poco a poco, escogiendo con maña y con la mirada fija en la seguridad personal y en su porvenir político, los problemas que presentaran más fácil solución y menor riesgo, para dejar los otros, como hicieran tantos gobenantes del pasado, a las contingencias del futuro, en un constante paso de la pelota de los peligros. Y también de modo natural ocurre que cuando un gobernante, por cualquier circunstancia o por cualquier complejo de circunstancias, logra el milagro que logró Calles a los 90 días de su gobierno, de sumar la totalidad de las voluntades de los hijos de México, hasta ser el centro de admirarrespeto de todos los gobiernos del exterior, aun de los más desafectos en el pasado, ocurre, decimos, que, saliendo en esos raros casos a flote aun el insignificante egoísmo personal, que no ha de faltar, regularmente, ni en las figuras de Plutarco, se vayan con mucho tiento los gobernantes, para no hacer daño a la maravillosa situación en que los ha colocado su habilidad o el destino.

Lo que no sucedió con Calles, porque todo lo olvidó:

situación privilegiada, popularidad, halago universal, para enfrentarse con los problemas cuya resolución, por lo que fuera, se iba haciendo indispensable *para la obra social de la revolución*.

Y así pasó, conscientemente, resignadamente, de la extrema popularidad a la general desbandada de los afectos de grandes sectores. Pero veamos antes, muy ligeramente, lo que se iba realizando.

Las realizaciones. Obras de irrigación. Materia agraria y obrera.

Ya hemos indicado que no hay aspecto de orden gubernamental constructivo, de tendencia social útil a las mayorías del país, que no sea atacado desde el primer año del gobierno de Calles.

Se desarrollan con enorme impulso inicial, mantenido durante todo el período, las obras, indispensables, de carreteras, en un país tan montañoso como México en donde, con excepción de medianas carreteras a Toluca y Puebla, casi no existían sino los viejos caminos de la Colonia, que el tiempo y la incuria habían convertido en torrenteras. Este programa de vialidad, continuado hasta el día, ha operado una rápida transformación de grandes extensiones del país y cuenta ya México, en la actualidad, con una red de caminos para automóvil, que es seguramente, por su extensión y por su perfección, la tercera de América. Solo los EE. UU. y el Canadá están antes que México, en esta materia.

Igual abandono existía, antes de 1924, por lo que toca a obras de irrigación. Desde las épocas más remotas de México, hasta ese año, sólo habían podido hacerse obras de irrigación para medio millón de hectáreas. ¡Medio millón de hectáreas irrigadas solamente, en suelos en los que la agricultura rutinaria es un desastre, sin riego natural sistematizado, por mil razones de orden climatológico y

orográfico! Esfuerzo igual al que habían hecho cincuenta o cien generaciones, desde los habitantes del Anahuac hasta los españoles de la conquista y de la colonia y los hombres de la vida independiente de México, hasta el año de 1924; igual esfuerzo, es decir, otro medio millón de hectáreas de tierras irrigadas, era el programa que quería realizar Calles en sus cuatro años de gobierno, programa que realizó casi en el 50% de su extensión primitiva, porque las fatalidades de las rebeliones impidieron el completo desarrollo del plan. Grandes escuelas agrícolas, para hacer técnicos de los hijos de los ejidatarios, particularmente, quiso también fundar, una, por lo menos, en cada Estado de la República, logrando dejar sólo 8 por las mismas razones de orden económico, derivadas de la sangría del Erario por los procesos de rebelión.

La aceleración de ritmo en la aplicación de los principios de los artículos más avanzados de la Constitución de 1917 abría nuevos derroteros al derecho obrero y consolidaba, en la conciencia de las masas, y en la realidad, la política del reparto de tierras, empezada a aplicar, como hemos dicho ya, con entusiasmo, con cierta regularidad, con verdadera convicción, solo desde el gobierno del General Obregón. Pero no pudo hacer Calles, aunque mucho hizo en materia agraria, todo lo que hubiera deseado y podido hacer, porque no se llevó a cabo la obra *integral* que era precisa para el éxito de la política ejidal. Faltó crédito y sobró política. Desde su campaña, sin embargo, Calles había visto con absoluta claridad el problema y preconizado, como indispensable para el éxito, extender el crédito suficiente a los campesinos, indígenas particularmente, que recibían las tierras que iba entregándoles la Revolución. "No dar tierras pelonas, solamente" había sido el lema de su campaña, en este renglón de la política agraria. Se comprendía bien que sin crédito, que permitiera adquirir implementos de labranza, cierta maquinaria agrícola y que permitiera también la adquisición de semillas, ganado, etc., y *vivir*, mientras llegaran las primeras cosechas, el reparto

de tierras sólo podía producir resultados mezquinos. Pero para dedicar generosamente los millones necesarios para el buen aprovechamiento de las tierras ejidales, a más de gran energía en los hombres encargados de la resolución directa del problema agrario, (los Ministros de Agricultura, entonces), habría sido precisa una sinceridad revolucionaria perfecta y una simpatía real en quienes manejaban o guardaban los dineros de la nación. Esto nunca lo consiguió Calles y la verdad es que sólo el General Cárdenas ha llegado a conseguirlo, en este año, con sus dos Ministros de Hacienda, los señores Bassols y Suárez, que han hecho posible entregar ya y preparar las cosas para que sigan siendo entregados, para el crédito agrícola ejidal, veinte millones por año. El Banco Agrícola que con tantos sacrificios fundara Calles, no se utilizó inteligente ni generosamente para su función primordial y fundamental de facilitar el pequeñísimo crédito a los ejidatarios; sus fondos se diluyeron en préstamos a medianas y grandes propiedades no ejidales, en su gran mayoría, y hasta, en ocasiones del futuro de esta administración que consideramos, fueron empleados para fines totalmente opuestos a su objeto primitivo: préstamos injustificables a hombres de la revolución, que iban convirtiéndose, por la fatalidad misma de la vida y la falta de sanciones morales, en latifundistas.

La otra causa de falta de éxito en materia agraria, fué, lo hemos indicado antes, el exceso de política en los motivos y modalidades de todo orden de la aplicación de las leyes agrarias. La política, salida de los ministerios del ramo, de las esferas capitalinas y luego mezclada, retorcida, sobre inyectada, en todas las agencias intermedias, gobiernos de Estados, juntas agrarias, comités ejecutivos, directivas ejidales, etc., no sólo quitó posibilidad de éxito completo a la obra agrarista, sino produjo otro resultado fatal: la división de los campesinos, su falta absoluta de unificación, lo que retorciendo aún más los intereses encontrados y confundiendo el fenómeno, no sólo nulificaba

los esfuerzos útiles sino daba a los latifundistas argumentos para su mala causa y hasta fuerzas de resistencia, reclutadas entre los campesinos mismos que, por la obra de política, estaban desunidos, hasta la oposición armada y el odio de unos grupos, los oprimidos, por otros, los que se habían convertido, en realidad, en objetos de preferencia o en instrumentos de nuevos explotadores. En un estudio como el que se ha intentado, de sinceridad y honradez, cuyo objeto es presentar friamente los fenómenos de fondo social de México, para su comprensión, no podríamos ocultar ninguno de estos hechos que, por dolorosos que sean, explican por qué, aparte de lo inmenso y profundo de los problemas, se ha tardado tanto en su resolución. Si no diéramos explicaciones como las anteriores no podría comprenderse por qué ahora, en 1935, el Presidente Cárdenas ha tenido que denunciar ante el país, como capital, el daño producido por la desunión de los campesinos, abordando del modo más desinteresado, y ya sin la influencia política que tantos perjuicios trajo, el indispensable logro de la unificación del proletariado de los campos, como único medio de que tenga éxito la política agraria y como única posibilidad, también, de paz orgánica en mi país.

En el terreno obrerista, aún con la mejor de las intenciones, se cometieron graves errores por Calles, que han retardado la consecución de los propósitos libertarios primordiales: de mejoramiento de las grandes masas de los trabajadores. No puede culparse al General Calles, por supuesto, de que diera preeminencia a una organización obrera: la CROM, sobre las otras, llevando a representantes de esa institución a puestos de gobierno, a jefaturas de Departamento y a Ministerios. La medida era de perfecta justicia, de lógica gubernamental y de sentido político. Se trataba, en efecto, de la organización obrera, de carácter nacional, mas identificada con Calles; de la que, desde el movimiento que hizo triunfar a Obregón, y aun desde antes, compartía con Calles responsabilidades y pensamientos de acción política obrerista; de grupos cuya lealtad

era, y ha seguido siendo, perfecta, y, por último, se utilizaba a hombres cuya preparación era sin duda superior a la de casi todos los demás representativos obreros, en aquellos instantes.

Pero es fenómeno inevitable en todas las sociedades humanas que en esos casos, la preferencias a *grupos* se conviertan en gérmenes de desunión de *clases*, a menos que el grupo preferido logre fundir es su organización a la totalidad de la clase social que representa. Es decir, si la Crom hubiera conseguido que la totalidad de las organizaciones obreras del país se hubieran afiliado a ella, la preferencia política no habría traído divisionismo alguno *de la clase* trabajadora; pero como eso no se logró, de modo absolutamente fatal iban a dividirse más los grupos obreros, haciendo más difícil el logro, pronto y menos desordenado, de sus justas aspiraciones. También en el frente obrero mexicano habrían de producirse, muy pronto, desde la muerte del General Obregón y el término del período presidencial de Calles, las quebraduras, los desajustes, la falta de unidad, en una palabra, de pensamiento y de acción obrerista, que ha encontrado el Presidente Cárdenas al llegar al Poder, por lo que, también en este sector social, como se comprende, ha tenido y va a tener necesidad de acciones muy desinteresadas para conseguir la unificación indispensable para el completo éxito de las tendencias sociales, de carácter obrero.

El balance educativo de aquel período (1)

“Aceptado como principio de política del Gobierno Federal, desde tiempos de Vasconcelos, extender la acción educativa a las diferentes entidades federativas, y legalizado tal principio desde la reforma constitucional de 1922,

(1) Los párrafos entrecomillados, en este artículo, son de la obra “El esfuerzo educativo en México. 1924-1928”, editada por el Ministerio del Ramo, como Memoria General al Congreso de la Unión.

tuvo la Secretaría de Educación Pública, en la época de Calles, el campo abierto para llevar a cabo, en todos los Estados de la República, la acción que estimase conveniente". "...fué natural que el esfuerzo de la Federación se en-
dezzara inmediatamente hacia la educación de las masas campesinas, estableciendo una red de escuelas rurales regadas por todos los ámbitos del país que funcionaron en los pequeños lugares donde, o nunca las autoridades locales habían fundado antes una escuela, o había estado esta clausurada desde hacía años por circunstancias diversas". Ya indicamos, antes, que habiendo encontrado la administración de Calles funcionando 960 escuelas rurales, pagadas por la federación, dejó, al cabo de cuatro años, 5.000 escuelas de este orden establecidas en toda la extensión de la República.

En el terreno de la enseñanza secundaria, se establecieron durante este período seis grandes nuevas escuelas y en cuatro años se quintuplicó la asistencia escolar. En materia de instrucción primaria, al concluir el período de Calles, funcionaban en la capital de la República 206 escuelas urbanas, 68 semi-urbanas y 38 jardines de niños, a más del servicio de una escuela tipo-modelo en cada capital de Estado, que sostenía por su cuenta la federación, para ejemplo y estímulo de los gobiernos locales.

Al concluir el año de 1928 se había logrado que asistieran a las escuelas rurales, además de una gran población escolar infantil campesina, de mestizos en su mayoría, 95.464 indígenas correspondientes a 34 razas. Esta inscripción escolar indígena, en 1928, en las escuelas rurales pagadas por la federación, independientemente de la que asistiera a las escuelas sostenidas por los gobiernos de los Estados y de las Municipalidades, puede dar una idea de la intensidad del movimiento educativo en ese período, intensidad, por supuesto, que resultaría ya insignificante junto a la actual, porque veremos, en su oportunidad, que en este sector sí no ha tenido graves detenciones la Revolución, siendo casi constante la fundación de mil escuelas

rurales por año, de acuerdo con el ritmo establecido por Calles, ahora duplicado por Cárdenas que ha ordenado a su Ministro del Ramo que funde dos mil nuevas en cada presupuesto, por lo menos.

Con origen en las embrionarias Misiones Culturales ambulantes imaginadas por Vasconcelos, funcionaban ya, al término del período de Calles, siete Misiones para las comunidades rurales y cinco, con carácter de permanentes. Las primeras procuraban: el mejoramiento del personal de maestros rurales en servicio, la homogeneización del profesorado pagado por los Estados y la atracción y el mejoramiento social de las comunidades en las que se hacía que trabajaran esas misiones. Las de orden permanente tenían como propósito esencial el estudio de determinadas zonas bien caracterizadas por problemas propios de todo orden y la resolución de dichos problemas por medidas educativas, higiénicas, médicas, sociales de toda naturaleza. Las escuelas rurales, las "Normales Regionales", en las que se formaba el material de maestros para el servicio de enseñanza rural, (que no convenía, por razones obvias formar en la Capital de la República, sino en contacto, desde la escuela, con las necesidades de la población campesina), y las misiones culturales viajeras y permanentes convergían, todas, a un propósito común: *integrar* a los diferentes núcleos sociales que llevan en la actualidad en México una vida inferior desde el punto de vista económico, cultural y social; era y sigue siendo indispensable establecer bases de común entendimiento y crear instituciones para rehabilitar de modo definitivo a los grupos desincorporados.

Pero no parecería justo detenernos demasiado en este aspecto educativo de la obra realizada por Calles, porque, como ya dijimos, tuvo el que habla responsabilidad y acción muy personal en ella, como Ministro de Calles desde el día de la inauguración de su período, el primero de diciembre de 1924, hasta el 20 de agosto de 1928, con la colaboración, eficacísima, del distinguido profesor y so-

ciólogo Don Moisés Saenz, actual Ministro de México en Dinamarca, quien fué durante casi todos esos años, Subsecretario de la Cartera cuyo desempeño tuvimos. Pero tampoco habríamos podido pasar totalmente en silencio el esfuerzo constructivo de Calles en el Ramo de Educación, por lo que, aunque de modo del todo incompleto, hemos tenido necesidad de reseñar algo de lo que fué obra de Calles, y por lo que toca a responsabilidad siquiera, obra también nuestra.

*Mi verdad acerca de la guerra civil que se llamó la
rebelión cristera'*

La mayor parte de lo que voy a decir ahora sobre esta materia apareció en un libro nuestro "La Cosecha y la Siembra" publicado, con amplísimo tiraje, (para México), en 1928. Formó parte de uno de los capítulos de ese libro, decimos, y no ha sido objeto de rectificaciones. Tengo, pues, cierto derecho a creer que se ha aceptado, en general, *mi* verdad. Sin embargo, sigo presentándola como *mía*, solamente. Otros comentarios o juicios sobre esta época y sobre lo que se llama el "conflicto religioso" de México, en general, son extractos o síntesis, muy concentradas, de partes de nuestro libro en preparación: "Calles y el régimen de gobierno dual en México. El Crepúsculo de los Caudillos" que espero que será editado el año próximo, en México. Digo todo lo anterior, por mi deseo, que he expresado reiteradamente ante ustedes, de que no se pueda ver en estas pláticas nada oportunista; hemos insistido en que estamos presentando *fenómenos* para extraer de ellos el sentido social del proceso histórico de México, sin ninguna otra intención que no sea la del conocimiento de las problemas de mi país por el grupo de mujeres y de hombres de estudio que han querido inscribirse a este cursillo.

A fines de 1925, entre todos los problemas que se:

veían presentes, actuales, amenazadores, el único que no se perfilaba y que no sólo no aparecía, sino que el General Calles sinceramente negaba que existiera, era el peligro del viejo problema religioso de México. Y tanto es así que a fines de ese año, y ya iniciadas o en pleno desarrollo todas las demás luchas del gobierno de Calles, cuando un glorioso pensador de ustedes, argentino, el Dr. Ingegnieros, que estaba de visita en mi país, para escribir un libro sobre México, que impidió la muerte de ese hombre verdaderamente sabio y distinguido; cuando el Dr. Ingegnieros dijo al General Calles, en presencia mía y de la Señorita Soledad González, Secretaria particular del Presidente, entonces, hoy esposa del Sr. Dr. Ayala González: "Sólo le falta a usted abordar y resolver con mano firme el problema de la amenaza clerical", el General Calles contestó con una franca risotada. Y como viera la extrañeza, hasta cierta molestia de Ingegnieros por su risa, agregó: "Es que usted no conoce todavía bien a México, doctor. La amenaza clerical no existe ya en México. El clericalismo no significa ya peligro de ninguna naturaleza, y mientras no lo signifique, nosotros no nos acordamos ni acordaremos de que existen curas, limitándonos a nuestra obra de trabajo administrativo y de reconstrucción social y económico".

En estas condiciones de olvido de las viejas rencillas entre liberales y conservadores clericales, y privando ese estado mental en Calles, en lo que a la iglesia se refería, y dedicada toda la potencialidad del gobernante a la resolución de vitales problemas de orden económico y social, apareció en México el llamado problema religioso, cuyos orígenes, insignificantes, voy a señalar, para que se vea como, tratándose de fenómenos sociales, y de la eterna circunstancia de *complicación* que determina la "pluralidad de causas" y la "mezcla de efectos", como, decimos, puede formarse, como en los aludes, una verdadera avalancha con el más pequeño pedruzco lanzado contra un ventisquero.

A raíz de promulgada la Constitución política de

México, de 1917, el Sr. Arzobispo Mora y del Río había hecho circular, discretamente y sin efectos molestos, una protesta contra algunos artículos constitucionales, particularmente al tercero y el 130.

Nadie se acordaba ya, en 1926, de aquello. Habían transcurrido nueve años desde la protesta. Pues bien, el cinco de febrero de 1926, aniversario de la promulgación de nuestra Carta Magna, apareció en la primera plana de "El Universal", firmada por el Arzobispo y con fecha *actual*, *la protesta de nueve años atrás*. Tan sorprendido como el Gobierno, (por la inactualidad de la protesta, y por la falta de tacto político que significaba la presentación de un problema, que no existía, ya que la Constitución del 17 había estado nueve años en vigencia, sin provocar mayores trastornos en el sector religioso), tan sorprendido, digo, quedó el Gobierno como el Arzobispo. *El no había enviado al periódico la protesta antigua, ni menos le había cambiado fecha*. Se hizo una investigación, entonces, por el Sindicato de Redactores de periódicos y se descubrió que un reportero, sin darse cuenta de la tremenda gravedad del daño que iniciaba, había llevado a su periódico la vieja protesta con la fecha nueva. El periódico, naturalmente, atento a su conveniencia editorial, había insertado el documento arzobispal. Decidió entonces el Sindicato expulsar de su seno, por falta de ética profesional, al reportero, quien, acongojado, se fué a echar a los pies del Jefe de la Iglesia mexicana, presentándole "el porvenir de su familia, sus hijos sin pan", y todo porque, dijo: "yo creí no hacer ningún mal en publicar esa protesta". Y muy hábil, deslizó esta pregunta al Sr. Arzobispo: "¿Que lo que dijo su Ilustrísima en 1917 no es verdad en 1926?"

El Sr. Mora y del Río, entonces, dijo: "La verdad es inmutable" y levantando al periodista, arrodillado a sus pies, y movido seguramente por un impulso de piedad, para salvar a un pobre hombre de ser expulsado de su trabajo y de su gremio, aceptó firmar, de su puño y letra, un ejemplar de la vieja protesta, para descargarlo de toda

culpa. Al día siguiente el periódico volvía a publicar, en primera plana también, ahora con la firma autógrafa del Arzobispo, la protesta de nueve años antes, *en la que se desconocía a la Constitución y se amenazaba con combatirla*, sin decir siquiera el documento, que ese combate se libraría en el terreno legal.

Calles entonces, lógicamente, con el más elemental sentido de decoro de gobernante y de hombre respetuoso de la Ley suprema de su país, recomendó a todos los Ministros "que pusieran en pleno vigor los mandatos de la Constitución, formulando y proponiendo a su aprobación las proyectos de leyes reglamentarias o de reglamentos precisos para lograr la efectividad de los artículos de la Constitución, desconocidos". Esta recomendación y la consignación a la Procuraduría General de la República de las declaraciones arzobispales que se juzgaban de tono y de tendencia sediciosa, fueron *las únicas* medidas tomadas por el Presidente, al iniciarse el conflicto.

Después, una medida administrativa, que ni lastimaba dogma alguno ni invadía jurisdicción de la jerarquía: la exigencia del registro de los sacerdotes en la Secretaría de la Gobernación, como existe para la totalidad de los profesionistas, y puesto que la Constitución de 1917, en ausencia de Concordato, cataloga como profesionistas a todos los ministros de todos los cultos, determinó, por resolución de los arzobispos y obispos, la suspensión de culto, (pero manteniéndose abiertos la totalidad de las iglesias, que fueron entregadas por el Gobierno a comités de vecinos católicos), y toda la secuela de actitudes y hechos que culminaron con la rebelión armada. Días dolorosos y estériles que, por fortuna, concluyeron y que, contra lo que se cree frecuentemente en el exterior, no dejaron odios entre sectores de la familia mexicana, sencillamente porque, en el fondo de todo, no hubo nunca un proceso de lucha de sentimientos religiosos sino, originalmente, un error político, de la Jerarquía. Esta es la verdad, lo que no quiere decir, por supuesto, que sea toda la verdad en los demás

incidentes y aspectos posteriores de estos conflictos, cuando poco a poco, como siempre sucede con los fenómenos sociales, se fueron confundiendo las causas, siempre múltiples, y mezclándose *los efectos*, desproporcionados muchas veces a las causales de origen. Pero en 1926, *la verdad*, estrictamente la verdad, conforme a mi conciencia: *lo que hemos explicado*, es lo que originó aquella estéril "rebelión cristera".

IVAN TURGUENEV (1)

Por ALICIA ORTIZ

Datos biográficos. - Su obra en conjunto

I

Durante la primera mitad del siglo XIX, bajo el reinado de Alejandro I, los elementos intelectuales de Rusia que desde el siglo XVIII habían despertado de su aislamiento medieval, sintieron renacer una esperanza perdida en los últimos años del reinado de Catalina: la de tener un zar liberal y reformador. Pero Alejandro, inclinado a mitad de su vida hacia un absurdo misticismo, entrega las riendas del gobierno a sus sombríos y tristemente célebres ministros y la historia de Rusia inicia un período de encarnizada opresión. De las mismas filas del ejército zarista, donde incubaba la ideología masónica, parte, entonces, una tentativa libertadora; se proponían los conjurados imponer al zar una constitución, pero, entablada la lucha el 14 de Diciembre de 1825, sufren una derrota de fatales consecuencias; la generación "decembrista", como se la llamó, queda desmembrada; los anhelos de libertad son ahogados en sangre.

(1) Trabajo escrito en el año 1934.

Desde esa fecha de triste recuerdo para la causa libertadora y durante el reinado de Nicolás I hasta su muerte en 1855, Rusia permanece oprimida por la más violenta reacción. Es sofocado todo intento de libertad y la censura más estricta mantiene ahogado el pensamiento ruso; nada se hizo en beneficio del progreso ni de la cultura en ese espacio de treinta años y, por el contrario, todas las tentativas tendieron a volver a las viejas normas medievales. La miseria se intensificó; la explotación de las riquezas de la tierra queda paralizada y se prohíbe la entrada de extranjeros en el país. Es entonces cuando la juventud universitaria, nutrida en la filosofía alemana, comienza a preocuparse por muchos problemas de orden social y surgen sistemas tan dispares como los defendidos por los contradictorios eslavófilos y por los liberales partidarios de la cultura occidental. El ambiente social e intelectual de Rusia era tenso, y lógicas, por lo tanto, la desorientación y la contradicción de esas generaciones que buscaban un camino para realizarse. El país atravesaba por un período de profundas evoluciones en las que se estaba gestando el futuro.

Tal es el estado social de Rusia cuando comienza a destacarse en las filas intelectuales el espíritu literariamente combativo unas veces, desalentado muchas, idealista siempre, de Iván Turguenev.

II

La obra de Turguenev no puede aislarse de los movimientos sociales de Rusia. En sus páginas se destaca siempre un fondo esencialmente eslavo: la angustia del oprimido, las inquietudes y ansiedades del alma, la desesperanza, el pesimismo resignado... aún la historia de la juventud rusa del momento, tal como él la entendía: el intelectual que malgasta su inteligencia y sus bríos en inútil parloteo y fracasa por falta de iniciativa; los que se dejan ven-

cer sin rebeldía por las normas tradicionales; hombres imbuidos en ideas de libertad pero que no llegan a realizar nunca una obra completa; mujeres contagiadas por este mismo entusiasmo, que ven abrirse ante ellas el porvenir lleno de sacrificios, que vislumbran una misión que cumplir y que están dispuestas a todas las abnegaciones para sostener el ideal y la fé.

A través de todas sus novelas de tendencias sociales, vemos desfilar esta procesión de almas y de caracteres diferentes, opuestos podemos decir: los unos, hombres y mujeres que responden al tipo del momento; los otros, personajes de todos los tiempos; almas límpidas o turbias, problemas sentimentales o sociales: unos y otros luchando en contrarios terrenos... y por todas partes el fracaso de esta Rusia indecisa e indolente. A veces nos encontramos con chispazos de luminosa esperanza, incubada por algún acontecimiento promisor para los ideales del pueblo, pero el desaliento llega siempre por todos los caminos. Este es el panorama turgueneviano que sus compatriotas contemporáneos tildaban de inexacto porque, si bien el escritor ruso vivió siempre atraído por los problemas sociales que hacían de su patria campo de continuas evoluciones, nunca llegó a captar el verdadero alcance de todas ellas, guiado siempre por un idealismo que lo impulsaba a seleccionar de la realidad sólo los elementos que le placían, que despertaban su eterno afán de belleza. De ahí que sus novelas no expresen nunca una situación social exacta en la que pueda creerse a ciegas. Pero ésto no implica una censura. Turguenev era un artista que observaba desde fuera el panorama ruso, en parte impulsado por un sincero sentimentalismo racial escondido bajo su occidentalismo reflexivo y en parte seducido intelectualmente por la riqueza del material humano que aquella Rusia le ofrecía. Y si a esta posición espiritual de Turguenev, se agrega la situación social de ese país eslavo en el que la separación de clases era tan profunda, situación que a otros escritores más compenetrados de la verdad, más capaces de acercarse al pueblo

mantenía, sin embargo, en desventaja para llegar a penetrarlo, advertiremos que Turguenev idealizaba sin comprender mayormente; que sus relatos de siervos, si bien expresan simpatía humana, compasión y deseo de justicia social, no nos dan una visión enteramente real; y que sus novelas sociales en las que más se advierte el deseo de presentar un panorama completo, son las que más se alejan de la realidad histórica.

De cualquier manera y, aunque la obra turguenevia-
na no sea reflejo fiel de la historia social de Rusia, podemos seguir a ésta paso a paso a través de las etapas de su producción artística (1843-1883) donde pinta las alternativas de una lucha sorda y lenta, emprendida aún solamente por las clases intelectuales, en pro de la libertad de un pueblo que marchaba a la retaguardia de Europa, aún indiferente a las corrientes modernas, reacio a sacudir la madorra de los siglos, encastillado es sí mismo, en su propia indolencia ancestral...

Durante los primeros años de la producción literaria de Turguenev, reinaba el pesimismo; el pueblo gemía bajo la servidumbre y no había posibilidad de mejorar. Era la época del zar Nicolás I y el intelectual ruso estaba todavía descorazonado por el fracaso de 1825. El escritor ruso comienza a tratar de expresar ese estado de cosas en sus primeras novelas cortas: esclavitud, miseria de las clases serviles; y luego, cuando Alejandro II, sucesor de Nicolás I, decreta la libertad de los siervos: etapas de optimismo, posibilidades que brindaba el futuro, entusiasmo... que nuevamente volvían a la letanía del desaliento. Por su imaginación desfilaba Rusia con sus miserias y dolores; Rusia oprimida y resignada; Rusia con una esperanza o con un nuevo desengaño... Siempre Rusia en fin: amplio campo de inspiración para su espíritu de artista.

En una carta a la Sra. Viardot, fechada en Courtavenel el 16 de Mayo de 1850, dice refiriéndose a su país: "Je suis à Courtavenel. Je vous avouerai que je suis heureux comme un enfant d'y être. Je suis allé dire bonjour à tous

les endroits auxquels j'avais dit déjà avant de partir. La Russie attendra; cette immense et sombre figure immobile et voilée comme le sphinx d'Oedipe. Elle m'avalera plus tard. Je crois voir son gros regard inerte se fixer sur moi avec attention morne, comme il convient à des yeux de pierre. Sois tranquille, sphinx, je reviendrai à toi, et tu pourras me dévorer à ton aise si je ne devine pas l'enigme!... Laisse-moi en paix pendant quelque temps encore! Je reviendrai à tes steppes!...". Estas palabras explican la posición de Turguenev frente a ese pueblo cuyo destino pendía de un gran interrogante: su espíritu de artista se sentía atraído hacia ese pueblo adonde lo impulsaba, también, su propia alma rusa que en vano quiso aclimatarse en tierra extraña...

En un poema titulado "Sphinx", que forma parte de los "Treinta Poemas en Prosa", expresa, por medio de una visión fantástica, este mismo concepto acerca de la Rusia enigmática que él representa como una esfinge de ojos oblicuos y grandes mostachos, como el hombre de la estepa. El poema termina con estas palabras donde el pesimismo de Turguenev con respecto al porvenir de Rusia y a la capacidad de la juventud del momento, se exterioriza una vez más: "Seulement où est ton Oedipe? Hélas! il ne suffit pas de se mettre un bonnet de slavophile sur la tête pour devenir ton Oedipe, ô sphinx de toutes les Russies!...".

La situación de Rusia se refleja en las novelas de Turguenev al lado de otros cuadros más dulces, más poéticos, donde las preocupaciones sociales se vislumbran de lejos, frente a la poesía de las pinturas sencillas y de los tonos suaves... Caracteres interesantes que obsesionaban al artista, durante muchas de sus novelas, hasta llegar a la última etapa de una evolución cada vez más perfeccionada. Y es en este sentido en el que Turguenev es un artista sin discusión.

III

Turguenev había nacido el 28 de Octubre de 1818, en las posesiones de Orel. Durante los primeros años de su infancia permaneció allí bajo la dirección de su madre y con profesores particulares. Después entra al pensionado alemán Weydenhammer en Moscú, de donde pasa al Instituto Lazarev. En 1833 entra a la Universidad; tenía entonces, quince años. Al año siguiente muere su padre y por resolución materna, Iván pasa a la Universidad de San Petersburgo; realiza allí sus estudios superiores y en 1838, terminados éstos, emprende viaje al extranjero. Permanece un tiempo en Berlín; frecuenta la Universidad y entabla relación con los jóvenes Herzen y Bakunín. Este último, que fué más tarde el apóstol de la anarquía, lo pone en contacto con las corrientes filosóficas de la época y, durante esa etapa de su vida, tuvo gran influencia sobre el espíritu del futuro novelista ruso; sin embargo dos años más tarde deben separarse, porque Iván Turguenev se vé precisado a regresar a Rusia. Poco después, en 1843, el joven escritor pide ser presentado al crítico Bielinski, a propósito de un artículo elogioso que éste escribiera sobre su relato titulado "Paracha". Desde entonces los une una amistad que, si bien interrumpida en ciertas ocasiones por divergencia de ideas, duraría toda la vida. A su llegada a Rusia en 1840, se había decidido a seguir el mismo destino de la mayor parte de los jóvenes de su clase, es decir que se emplea como funcionario del gobierno; pero esa no era su vocación: el ambiente que le rodea, lo desagrada, lo oprime, y renuncia muy pronto, más o menos en 1845, para dedicarse por completo a la literatura.

IV

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En 1846 el novelista publica los relatos titulados "Tres Retratos" y "El Espadachín". Al año siguiente escribe dos comedias: "Trop menu le fil casse" y "El Pa-

rásito"; esta última traducida al francés en 1858, con el título de "El pan ageno".

Los dos primeros relatos se incluyen en el volumen traducido con el título de "Escenas de la vida rusa", que encierra un conjunto de novelas cortas y que, con otros volúmenes semejantes tales como: "Nuevas escenas de la vida rusa", "Relatos de un cazador", "Cuentos moscovitas" y "Ultimas Obras", constituye el extenso aporte que la predilección de Turguenev por el género literario del relato, brinda a la literatura.

La novela corta titulada "Tres Retratos", encierra una interesante reconstrucción de la vida rusa durante el siglo XVIII y, al mismo tiempo, es la creación esencialmente romántica de un carácter sombríamente perverso: el de Basilio Lutchinov. Es este un personaje muy típico en la producción literaria turgueneviana de la primera época. Dentro de la maldad de su alma implacable y sombría, existe sin embargo una misteriosa atracción que nos hace inclinarnos hacia él; algo del espíritu caballeresco que se vislumbra a través de sus actos audaces, osados.

El tipo novelesco de Basilio Lutchinov encuadra a Turguenev dentro de las normas románticas de las que más tarde huiría; aún se advierte en él las lecturas byronianas y la influencia de George Sand.

En el relato titulado "El Espadachín" asistimos al desarrollo de ese mismo carácter pero despojado de su atractivo romántico. Es, también, un personaje fatal, cuya intervención produce la desgracia y la muerte, pero carece de toda aureola novelesca. Se advierte el deliberado propósito de hacerle desagradable, como si el escritor ruso hubiera querido reaccionar contra sus propias tendencias románticas. En realidad Lutkov, el espadachín, era un hombre cobarde y grosero cuyas originalidades y su aire de perdonavidas no eran sino actitudes estudiadas tras de las que se encubría, por instinto de defensa, consciente de su ignorancia y de su incapacidad. La envidia era su sentimiento predominante.

"Jacobó Passinkov", es la historia de un joven so-

ñador e idealista que permaneció hasta el fin de su vida, fiel a un amor de su juventud. Es este un relato esencialmente romántico, todavía; amores apasionados o silenciosos o abnegados; vidas errantes, esclavas de un ideal; amargas resignaciones... La fatalidad se cierne sobre todos los personajes sin que nada pueda oponerle resistencia.

Otros relatos forman parte del volumen traducido con el título de "Escenas de la vida rusa", como "Dos Amigos" y "Fausto". En cuanto al titulado "Nuevas escenas de la vida rusa" contiene, entre algunos otros relatos, "El Parásito", "La Posada del camino principal", "Una Correspondencia", "La partición" etc.

"El Parásito" es un relato muy interesante que bosqueja un problema muy amargo; nos revela un aspecto humillante, decadente, de la sociedad rusa: la historia de un noble ruso, pequeño propietario reducido a la indigencia, que es tolerado en casa del rico donde debe someterse a todos los vejámenes para no perder una situación que, por insegura, a cada momento puede derrumbarse. Es un ser indefenso en una sociedad que no lo ha educado para la lucha, pero que tampoco lo ampara sino a expensas de su dignidad.

"Una Correspondencia", como su nombre lo indica, se trata de una serie de cartas intercambiadas entre dos amigos: María y Alexis. Tiese el doble interés de presentar un espíritu masculino escéptico, indolente, de vida inactiva, que es peculiar en la obra de Turguenev; y un tipo de muchacha insatisfecha, que vive dentro de un círculo social que la oprime, sin esperanzas de poder escapar a todas las pequeñeces diarias que, por su condición femenina, son más inevitables. María entra en ese rango de espíritus femeninos tan delicados e inquietos, como el de Natalia o el de Helena.

El relato titulado "La Partición", incluido en ese mismo volumen, intrascendente y sin mayor interés, se desarrolla alrededor del cómodo proverbio: "Dividir como hermanos: lo mío para mí, lo tuyo para los dos".

Los recuerdos infantiles de Turguenev, las impresiones de su alma sensible conservadas intactas por su precoz capacidad de observación, constituirían la gran riqueza con que el novelista ruso contaba para penetrar en el campo literario.

“Punin y Baburin” (1874), es uno de sus mejores relatos y también uno de los tantos recuerdos amargos que la crueldad de su madre para con los siervos, dejaba grabada en su alma compasiva y tierna pero incapaz de rebelarse contra un dominio cuyo ascendiente él también sentía. Pero el tipo ruso que más lo impresionaba era el del siervo resignado, sumiso, que ni siquiera comprende que tiene derechos por su sola condición humana.

En “Reliquias vivas”, uno de sus cuentos incluido años más tarde en “Relatos de un Cazador”, cuando su autor lo dedica a la admirada Jorge Sand (1873), describe la mansa resignación del siervo relegado como trasto inútil cuando ya no puede responder a todas las exigencias con sus escasas fuerzas de bestia exhausta. El incorregible idealismo turgueneviano campea en este esbozo de un carácter de mansedumbre sobrehumana.

En “Mumú”, relato de “Escenas de la vida rusa”, cuenta la historia de un campesino sordomudo, siervo de una dama caprichosa e histérica. El hábito de la obediencia, arraigado en su alma de esclavo, le hacen someterse a todas las exigencias, resignarse a todos los renunciamientos; hasta que se produce en él la rebeldía, inofensiva sin embargo, y nuevo ejemplo de su inconsciente capacidad de sumisión.

La “Posada del camino principal” es un caso de arbitrariedad y de codicia inigualable por parte de una dama rusa que dispone de su siervo como de un simple objeto de su pertenencia. En cuanto a éste, ante la magnitud de sus desdichas no tiene siquiera rebeldía. Se produce al fin una reacción mística en el alma de este ser quebrantado y la fe lo salva de la locura o del crimen.

En otro relato publicado muchos años más tarde en-

tre las obras de la vejez, el escritor ruso volvería a sus recuerdos de juventud y a sus escenas indirectamente combativas en contra de la servidumbre que, si bien entonces ya estaba abolida, había impresionado demasiado al novelista para que pudiera borrarla también de su imaginación. Se trata de "Iván Sukhikh", que forma parte de la obra titulada "Viejos Retratos". Esta vez el escritor ruso encara el problema desde el punto de vista de la instalabilidad de la vida de esa gente, cuyo destino dependía de circunstancias imprevistas: de un título de propiedad, por ejemplo. Ese es el caso del siervo Iván, joven acostumbrado a una vida apacible y risueña en casa de sus amos y que de pronto se ve trasplantado, arrastrado contra su voluntad por otro dueño que exhibía un papel de compra. En Akim, personaje de "La Posada del camino principal", la desgracia provoca una reacción mística, pero Iván, carácter apasionado a pesar de su apariencia superficial, sólo podrá ahogar sus rencores en el crimen.

Encubierto en estos relatos hay, también, un reproche para la madre del novelista ruso, dama criada a la antigua, sin compasión para con el siervo, sin imaginación como para representarse todo el horror de una existencia humana degradada por injusticias y egoísmos.

Es sabido que Turguenev luchó por vencer en su madre las ideas de tradición medieval, pero nunca consiguió despertar en ella sentimientos humanitarios de justicia y de igualdad. Además su carácter débil lo inhibe ante esa mujer dominadora. Sus defensas al siervo terminaban siempre por resignarse a la impotencia.

Várvara Petrovna Turguenev era el prototipo de la "barina" de sentimientos crueles, que se sabe dueña absoluta de sus siervos y que no evita ocasión de subrayarlo. Sus conceptos medioevales la inducen a hacer una especie de fortaleza de sus dominios de Spasskoié donde nacieron sus dos hijos, Nicolás e Iván. La esclavitud le parecía una norma lógica y natural; creía la buena señora, que las cosas estaban muy bien así, y no podía admitir que alguien, menos

su propio hijo, pretendiera modificar la vida rusa rebajándose a ocuparse de gentes inferiores. La insistencia de Iván, que por otra parte no tenía un espíritu combativo, sino que procedía simplemente guiado por una elemental compasión, acaba por provocar su enojo; más aún si a esto se agrega la vocación literaria de su hijo, que ella juzgaba como denigrante para un noble. De ahí la desavenencia que latía entre ambos, y que sólo la muerte de la anciana pudo borrar años más tarde.

VI

El ambiente ruso en el cual se había criado Turguenev, debía, sin embargo, tener influencia sobre su espíritu, aunque sus tendencias fueran otras. Había crecido al lado de una madre de hábitos medievales; desde la infancia había presenciado los tratamientos de que eran objeto los siervos, el concepto en que se los tenía, y si bien sus ideas se rebelaban ante tales injusticias, sus costumbres de joven "barín" no diferían de las costumbres corrientes entre los nobles rusos; ya sea esto obra de su carácter débil e indolente que él describía en sus novelas censurándolo como un defecto cuya trascendencia, desde el punto de vista social y humano, sabía medir sin encontrarle remedio, sin embargo. André Maurois dice con razón que Turguenev "era un observador en la vida". Y esta misma posición de discrepancia entre ideas y hábitos, es lo que hace decir a Hautmant que Turguenev "era un gran impostor". Pero para estar de acuerdo con ese criterio, tendríamos que juzgarlo con demasiada severidad y establecer un vínculo demasiado estrecho entre el pensamiento y la acción, cosas que no siempre pueden estar en perfecta armonía; máxime cuando, como en el caso de Turguenev, no se trata de un escritor tendencioso sino de un artista puro. Y es intransigencia exigir demasiado: si el arte admirable de Iván Turguenev ha perdurado con caracteres de eternidad, ya puede

pensarse que el novelista ruso cumplió una alta misión en la vida.

VII

La publicación de algunos de los relatos de caza por Turguenev en la revista "El Contemporáneo", dirigida por el poeta Nekrasov y de la que era colaborador el crítico Bielski, causaron sensación en los círculos intelectuales y comenzó a señalarse erróneamente al "Joven Iván", así se le llamaba, como verdadera promesa de novelista combativo, de tendencia sociales.

Pero la atmósfera rusa de la triste época nicolaísta, pesaba sobre el alma del joven Turguenev, ensombreciéndola; necesitaba otro ambiente. Es entonces cuando se decide a partir para Francia (1847), y allí termina "Los Relatos de un Cazador".

Cuatro años antes Turguenev había conocido en San Petersburgo, a la famosa cantante Paulina Viardot, cuya inteligencia y cuyo espíritu fino lo habían impresionado hondamente. Tenía él veinticinco años y ella veintidós. Desde entonces, 1843, es cuando comienza su epistolario ininterrumpido, ya sea desde Spasskoié, París, Versalles, o cualquier punto de Europa donde lo llevara su espíritu inquieto.

La desavenencia con su madre, lo había dejado sin recursos y a su llegada a París, su amistad con el matrimonio Viardot le abre las puertas de un mundo en el cual, de otra manera, le hubiera sido difícil penetrar. Los Viardot le ofrecen hospitalidad en su casa de Courtavenel y allí conoce a Jorge Sand, cuya influencia literaria fué trascendente en sus obras de la primera época, a Gounod, a Merimée... Luego se pone en relación con Hugo, Saint Beuve, Saint Víctor, Renan y los jóvenes Daudet, Maupassant y Zola. Es decir: las personalidades más destacadas en el mundo intelectual de la época.

La Revolución de 1848 lo sorprende en París pero

no lo afecta mayormente. En realidad Turguenev era esencialmente ruso, pese a su barniz de occidentalista: vivía desde el extranjero, pendiente de las noticias que recibía de Rusia, o de todo lo que podía advertir por sí mismo durante sus frecuentes viajes; nada, fuera de eso, hacía vibrar su alma eslava. Posiblemente no les haya dado, a esos acontecimientos, su alcance social. Sin embargo le inspiran algunos relatos de ambiente francés cuyo valor no es otro que el de dar motivo para nuevas demostraciones de sus ideas sobre la Humanidad; para conocer el concepto que le merece el hombre; para medir su fé en él. En "Los Nuestros Me Han Enviado", nos dice su asombro por el heroísmo casi inconsciente de que dan ejemplo esos hombres apremiados por la vida; pero no se deja llevar, sin embargo, por el lirismo de una observación reconfortante, pues al final nos vuelve a la realidad de la imperfección humana. Comprendemos, a través de las páginas de este breve relato, la posición espiritual de Turguenev frente al hombre: le inspiraba amor y compasión, sufría con sus penurias, pero no le tenía fé.

VIII

En 1850 Turguenev vuelve a Rusia respondiendo a un llamado de su madre enferma. La anciana muere enseguida e Iván comienza a frecuentar los salones de San Petersburgo. Es entonces cuando publica "Relatos de un Cazador", escrito y publicado separadamente en revistas, desde cinco años antes. En este libro, que se consideró una obra audaz, presenta pequeños cuadros de intención disimulada.

En "El Burgomaestre" Turguenev encara el problema de la servidumbre desde uno de sus aspectos. Nos encontramos frente al siervo oprimido por un capataz, también siervo, pero cuya posición de privilegio le permite probar el sabor del dominio y del mando. De esa manera el

campesino sufre una doble opresión, que es tanto más amarga cuanto que el burgomaestre es su igual: como él ignorante, inconsciente y sin piedad por falta de imaginación y por un primitivo deseo de revancha nacido de sus propios instintos de esclavo codicioso e hipócrita. El rencor ancestral del oprimido, tiene en él una válvula de escape.

En "Jermolaï y la Molinera" conocemos otro aspecto de la servidumbre: el conflicto amoroso. Casos como éste ocurren en "La Posada del camino principal" y "Mumú". En el que ahora nos ocupa una muchacha sierva, solicita permiso para casarse, pero sus patrones no transigen a pesar de lo cual ella no renuncia a su amor; enterados los amos, castigan a la sierva con un ensañamiento tal que la salud de la joven queda destruída. Finalmente la venden a un molinero que se casa con ella; pero ya es una existencia quebrantada.

En "Birouk" nos enfrentamos con un nuevo relato de caza; es un cuadro donde Turguenev nos pinta la miseria del campesino y su vida acongojada por preocupaciones elementales: el fantasma del hambre. Birouk es el nombre de un guarda-busque que, noche a noche, con su afinado oído de práctico, descubre algún cazador furtivo o algún desdichado aldeano talando los árboles para procurarse leña. Es este un personaje idealizado, en cuyo carácter se descubre la habilidad de un gran artista pero también un completo desconocimiento de la realidad. Este era un defecto común a todos los escritores de la época; pasarían muchos años todavía, antes de que surgieran escritores del pueblo.

En el relato titulado "Lgove" Turguenev nos pinta la vida del siervo ruso como arrastrada por el vaivén de destinos imprevistos: depende del capricho de cada dueño que lo adquiera, quien, sin tener en cuenta para nada sus preferencias o habilidades, le dará los más opuestos oficios, cambiará sus hábitos, torcerá el rumbo de su vida. Este

relato tiene algunos puntos de semejanza con "Iván Sukhikh" y con "Mumú".

Muchos otros relatos forman el libro titulado "Relatos de un cazador", y, como éstos, renovadas censuras a la servidumbre; pero también hay algunos en los cuales nos enfrentamos con el simple escenario ruso sin mayor trascendencia, sin sabor regional. Un caso así es el titulado "Le médecin de district", que trata el eterno tema del amor y de la muerte. El asunto de éste sombrío relato es el amor realizado al borde de la tumba; la angustia del amor exacerbada por la angustia de la muerte...

El mismo año que publica "Relatos de un Cazador", Turguenev escribe "Diario de un hombre de más".

Pero la juventud rusa que había comenzado por ver en él un escritor combativo y arriesgado, se siente desilusionada frente a la realidad de su carácter indolente, eslavico, y con los mismos defectos que, tal vez por un desencanto puramente subjetivo, crítica, censura y lamenta en sus personajes novelescos. Turguenev, autor de "Récits d'un chasseur", una vez que se vió en posesión de sus bienes a la muerte de su madre, no se apresuró para tratar la libertad a sus propios siervos de la gleba. Bien es cierto que fundó un hospital para sus campesinos y que, con su carácter benévolo, iba a darles toda la apariencia de una libertad completa. Sus siervos no tendrían ya nada que temer de un "barin" occidentalista y europeizado cuyo único deseo era volver cuantos antes a Francia. No se sentía ya, en Epasskoïé, la mano férrea de un patrón absoluto y más si se tiene en cuenta que esos siervos estaban acostumbrados a un amo cruel e intransigente como Várvara Petrovna Turguenev.

IX

En 1852, en ocasión de la muerte de Gogol, Turguenev publica un artículo necrológico elogioso para ese escritor fallecido y a causa de ello es encarcelado durante

un mes. Pero su prisión fué muy distinta de lo que pudiera pensarse. No era Turguenev un escritor como Dostoiewski, que tuvo que abrirse camino penosamente, sino un galán preferido de los salones elegantes, que recibía visitas de sus amigos y de sus admiradores, como si hubiera estado, simplemente, en un lugar de retiro y de sosiego voluntario. Sin embargo no pudo conseguir el indulto y, aunque libre de la cárcel, fué obligado a permanecer recluso en sus posesiones de Spass. Esa soledad lo oprimía doblemente por saberla obligatoria y sin perspectivas de eludir.

El 13 de Octubre de 1852 escribe a Mme. Viardot una carta llena de melancolía y de nostalgia: "Ma chère et bonne amie, je vous supplie de m'écrire souvent; vos lettres me rendaient toujours heureux, mais c'est surtout maintenant qu'elles me sont devenues nécessaires; me voici choué à la campagne pour je ne sais combien de temps, réduit à mes propres réssources. Pas de mussique, pas d'amis; que dis-je? pas même de voisins pour s'ennuyer ensemble!..."

En la soledad de su retiro Turguenev escribe "Dos Amigos" y "Las Aguas Dormidas". En el primero nos encaramos con un personaje conocido dentro de la obra turgueneviana: el joven cuya educación estética le inhibe en la realidad de una existencia para la que no había sido preparado.

En 1854 Turguenev consigue la libertad completa y entonces regresa prontamente a París; Paulina Viardot le esperaba allí, y ya no volvería a separarse de ella sino para realizar cortos viajes, ya a sus posesiones rusas, ya a diferentes ciudades de Europa.

X

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En 1855, y durante uno de sus frecuentes viajes a Rusia, Turguenev publica "Demetrio Rudin", que había comenzado durante su destierro en Spasskoïé. Esta

obra desengaña ya del todo a sus lectores rusos a quienes había entusiasmado el aspecto de obra de combate advertido en "Relatos de un cazador". En 1856 escribe "Fausto", que se incluye más tarde en el volumen de "Escenas de la vida rusa"; con él inaugura el novelista ruso una serie de cuentos en los que aborda el inquietante problema de lo sobrenatural, tema que le preocuparía hasta el final de su vida y que, aunque pálidamente, le hacen similar a Edgar Poe, a Hoffman, a Maupassant. Dos años más tarde escribe "Nido de hidalgos", durante otro de sus viajes a Rusia. Esta obra tuvo una gran acogida y fué siempre de las más populares. El mismo año escribe "Assia", incluido después en el volumen titulado "Cuentos moscovitas"; este relato es una de las joyas de la producción literaria turgueneviana, pero está impregnado de esa melancolía y de esa desilusión que tanto disgustaba a los jóvenes rusos. En 1859 escribe "A la víspera" con intención de pintar un tipo idealizado de nihilista. Un año después produce "Primer Amor", en un estado de espíritu desesperanzado. Es esta una deliciosa novela que reaviva el desagrado de los intelectuales rusos, traducido en las páginas injuriosas de "El Contemporáneo" donde se había formado un cenáculo de jóvenes hostiles al arte, que despreciaban a Turgue-
nev por considerarle el tipo del esteta. Esta obra responde, tal vez, a un hecho real; o mejor: es posible que sea autobiográfica. Por lo menos la descripción de ese padre de físico agradable y maneras elegantes y de esa madre severa, continuamente amargada por la infidelidad de un marido más joven que ella, responde a lo que se nos dice del hogar del novelista ruso.

XI

Más o menos en esa época sube al trono de Rusia, a la muerte de Nicolás I, su sucesor Alejandro II. Este zar decreta la liberación de los siervos el 19 de Febrero de 1861. Este hecho produce una esperanza nueva entre los intelec-

tuales rusos desilusionados desde el fracaso de 1825. Turguenev fué alcanzado también, por el entusiasmo del movimiento social. Pero su destierro voluntario lo mantenía, aún espiritualmente, alejado de sus compatriotas. Desde un país extranjero, fuera del ambiente, no podía captar el exacto matiz de los hechos que asimismo seducían su alma rusa; aunque sus repetidos viajes respondieran, más que nada, al deseo de ponerse en contacto con las nuevas corrientes. De ahí que en sus novelas, los intelectuales rusos encontraran siempre nuevos motivos de descontento, ya por el eterno problemá del hombre sin energías que fracasa ante la lucha, como por sus pinturas de ambiente, que hacen decir a su amigo, el crítico Bielinski, que "Turguenev arregla las realidades a su modo".

A raíz de este decreto del zar, Turguenev escribiría años más tarde el relato titulado "Punin y Baburin" donde expresa la esperanza de progresos mayores en el campo de la libertad. Es la historia de un antiguo siervo, llamado Baburin, personaje interesante por su gran energía, por su naturaleza noble y orgullosa. Sus ideales de justicia, intensificados por su experiencia amarga y su elevado concepto de la dignidad humana, lo impulsan a la vida activa de propagandista revolucionario; hasta que, ya viejo, recibe en Siberia la noticia del manifiesto publicado por el zar concediendo la libertad deseada, y muere esperanzado en el futuro del pueblo ruso.

XII

Desde 1864, es decir, desde que la Sra. Viardot dejó el teatro lírico para retirarse a la vida privada, el lugar de residencia de Turguenev fué Baden, junto a la familia de la artista. Allí escribe "Humo" (1865), novela que encierra una punzante sátira contra los jóvenes intelectuales que lo injuriaban desde "El Contemporáneo".

Durante la guerra de 1870, la familia Viardot tuvo

XIII

De regreso de Inglaterra en 1871, Turguenev y los Viardot compran la Ville des Frênes en Bougival que, desde entonces, es la residencia de campo del matrimonio francés y del escritor ruso. Allí escribe muchas de sus últimas obras.

En 1874 publica "Aguas Primaverales" donde crea el carácter de una mujer fatal y nos pone, de nuevo, frente a una peculiar alma rusa, llena de indolencia y de debilidad. Ese mismo año había dicho Turguenev en "Punin y Baburin": "Heme aquí viejo y enfermo, y mi pensamiento habitual es el de la muerte que se acerca de día en día; rara vez pienso en lo pasado; rara vez vuelvo la vista hacia atrás. Sin embargo, a veces, en invierno, sentado e inmóvil delante de la chimenea donde arde un fuego tranquilo, en verano paseándome a paso lento por una alameda umbría, me acuerdo de los sucesos y rostros del pasado, pero mis memorias no se detienen en la época de mi madurez ni aún en la de mi juventud; sino que me elevan hasta mi infancia o a los primeros años de mi adolescencia". En ese mismo estado de ánimo, escribe algunos relatos donde evoca personajes grabados en su memoria desde sus primeros años, pero durante largo tiempo olvidados por otras preocupaciones y más brillantes motivos de inspiración; hasta que, más adelante, la vejez fué produciendo una evolución en su espíritu, y vuelve a los recuerdos juveniles y a los recuerdos de infancia. Ya comienza, también, a sentir la obsesión de la muerte, sentimiento que se intensifica con los años hasta culminar en sus últimos relatos "El Canto del amor triunfante" y "Clara Militch" donde, como dice Waliszewski, Turguenev entra en una especie de "extravagante misticismo".

En 1875 el escritor ruso publica "El Reloj". Es esta la historia de un reloj de bolsillo; historia trivial si nos atenemos al asunto mismo (un reloj regalado por un personaje desagradable, por cuya causa su dueño trata de des-

hacerse de él en repetidas ocasiones con resultados siempre infructuosos, como si el objeto estuviera dotado de un poder mágico); pero también encierra una pintura de caracteres interesantes como el de David, muchacho de temperamento extrañamente vigoroso para su edad, y el de Raisa, su novia, una jovencita tímida, que se ruboriza continuamente mientras habla, que está posesionada de su papel de ama de casa y que anda siempre preocupada por graves problemas de familia; Turguenev la ha pintado en esa época de la vida de una mujer que tanto le complacía estudiar y que tan particularmente lo destaca.

XIV

En 1879, durante una de sus jiras de recreo a Rusia, el ambiente, antes hostil, había cambiado. Turguenev, que hasta ese momento había sido objeto de la indignación y hasta del desdén de los intelectuales de su país, decepcionados porque el novelista no se había inclinado decididamente a la propaganda social sino que había bordeado esos temas como observador y como artista, fué tratado, esta vez, con verdadera distinción. Ciertamente es que sus obras habían sido siempre motivos de apasionadas polémicas, pero la Rusia en constante evolución había llegado a comprender a Iván Turguenev. Una de sus últimas novelas, "Tierras Vírgenes", publicada en 1876, en un principio indignó a sus lectores rusos; se lo acusó de no conocer el ambiente de Rusia, ya que pintaba un héroe revolucionario tan ficticio e idealizado como Solomin. Pero a la llegada de Turguenev a Rusia en 1879, se leía esta obra en un estado de ánimo muy distinto; se había llegado a admitir en ella, si no realismo, al menos una predicción reconfortante de una Rusia nueva, y la visita del anciano novelista tuvo caracteres de consagración. A pesar de esta acogida, Turguenev regresa a París donde, poco después, comienza a sentirse atacado por una terrible enfermedad

de la que moriría más tarde. Ese mismo año publica "Clara Militch", que pertenece al grupo de sus obras de intervención ultraterrena. En ella pinta un extraño y atrayente carácter de mujer apasionada.

XV

De los últimos años de su vida es el relato titulado "Canto del amor triunfante" (1881) traducido, entre otros muchos, bajo el título de "Ultimas Obras". En esta obra no encontraremos alusiones a los problemas sociales que habían obsesionado al escritor ruso durante largos años; ya no le interesaban esos temas como fuentes de inspiración. Había entrado en años y una grave enfermedad lo tenía alejado de la vida activa; los acontecimientos del momento no hallaban eco en su espíritu de anciano. Su genio buscaba otros senderos, ya entre sus recuerdos del pasado o en el campo de la imaginación. Por otra parte, el cambio operado en Turguenev, durante esta última etapa de su larga existencia, es lo que ocurre comunmente en el espíritu humano cuando se llega a la vejez: la vida que rodea al anciano, no tiene atractivo para él; sus emociones van hacia el pasado, hacia los tiempos en que ha comenzado a sentir y a conocer...

En el año de 1881, Turguenev publica, también, "Viejos Retratos", obra que consta de tres relatos. Uno de ellos es "Teleguin y Pavlovna", donde el novelista cuenta sus recuerdos de la niñez y nos hace penetrar en un idílico refugio dieciochesco. Con "Iván Sukhikh", el relato siguiente, Turguenev vuelve a sus recuerdos de la época de la servidumbre, ya abolida. En cuanto al tercero y último relato de "Viejos Retratos", se titula "Un desesperado". Turguenev da este nombre al angustiado, al descentrado, al que no puede adaptarse a los convencionalismos ni puede tomar con serenidad o siquiera con amargura reprimida, las injusticias del mundo. Micha, un desesperado de esa es-

pecie, rompe con la sociedad, desprecia su propia vida, y sólo en la inconsciencia que da el alcohol encuentra alguna dulzura y se liberta, ya sea momentáneamente, del peso de su "angustia", palabra con la que él quiere explicar su actitud frente a la vida. A esa "angustia" entrega su propia existencia inútil, como en disimulado suicidio provocado por la decepción que le produce la profunda inarmonía humana... Años más tarde después de haber hecho vida de vagabundo y de mendigo, Micha muere con el organismo minado por el alcohol... En "L'Antchar", relato de "Nuevas escenas de la vida rusa", conocemos un carácter semejante al de este singular temperamento ruso, aunque no tan perfilado como Micha. Es el que toma alegremente la vida, no queriendo ver más que su aspecto risueño y fácil; el que malgasta su juventud y su inteligencia sin poder reprimirse; el que se niega a luchar por un futuro útil porque no tiene fé en su propia capacidad de hombre veleidoso... El origen de esta posición espiritual frente a la vida, lo sintetiza Veretiev en "L'Antchar", con estas palabras: "...toute notre génération est appauvrie, usée", y ésto responde a un firme convencimiento de Turguenev con respecto a la época; a su propia decepción. Ocurría, de acuerdo a la idea del escritor, que en ciertas almas rusas, la poca fé en su generación y en la vida, las llevaba a una angustia que se traducía en aturdimiento, en despreocupación, en un dejarse arrastrar por toda clase de inclinaciones, sin dominio, sin la capacidad para vencerse a sí mismo que es, ya que no puede hablarse muy a menudo de espontánea bondad, una de las virtudes del ser civilizado... Veretiev toma en la vida ese camino. La bebida, el amor sin trascendencia, las canciones, la bohemia...: esa es la existencia para él. Años más tarde, pasada la juventud, ya no queda más que una sombra de lo que fué su ingenio, su espíritu. Su radio de acción está limitado a la taberna, único sitio donde se cree todavía en él...; pues dice Turguenev: "...les Veretiev ne deviennent jamais rien".

Un año después, es decir, en 1882, Turguenev publi-

ca "Treinta Poemas en Prosa", cortas composiciones simbólicas en algunas de las que lo acosa el pensamiento de la muerte, como en el poema titulado "¿En qué pensaré?" donde se pregunta cuáles serán sus preocupaciones en el momento supremo. En el poema "La Vieja", nos encontramos, también, con el pensamiento de la muerte, pero no ya con la suave melancolía que campea en "¿En qué pensaré?", sino como una obsesionante y terrible visión de ensueño... El artista se imagina a sí mismo recorriendo un solitario camino, cuando oye a sus espaldas el paso menudo de una persona; se vuelve y advierte una anciana de párpados extrañamente cerrados y gruesos; para evitarla cambia de camino, retrocede, avanza, pero siempre la vieja, muda y amenazadora, lo sigue sin descanso... y por todas partes, en ese camino de pesadilla, siempre abierta a sus pies la negra boca de la tumba, hacia donde la siniestra vieja parece impulsarlo; por último el artista se detiene en el camino y entonces, es la tumba la que avanza hacia él como para tragarlo, mientras la vieja, desdentada y horrible, le grita: "No te escaparás!...". Esta misma obsesión de la muerte, vuelve a surgir en su poema titulado "El fin del mundo". Como el anterior, es un sueño en el que el artista se imagina encontrarse rodeado de otras personas en un salón donde se respira un ambiente de terror y de angustia: se espera el fin del mundo. De pronto todos corren a las ventanas y, entre gritos de espanto, ven que la tierra se levanta como las olas de un mar embravecido y que estas olas se suceden, se repiten, y van arrastrando personas y cosas en medio de un estrépido infernal.

En otros "Poemas", Turguenev deja correr la fantasía, como en "Una visita", donde se imagina recibiendo al hada que poblará su cerebro de visiones inspiradas; como en "Leyenda Oriental" que es un cuento a la manera de las "Mil y una noches"; como en "La Naturaleza" donde advertimos el pesimismo de Turguenev en su concepto sobre la indiferencia ciega de la Naturaleza para quien la vida es un don que ella puede dar y quitar sin elegir;

como en "Una fiesta en casa del buen Dios" que es una visión alegórica con la que el escritor quiere significar que la Gratitude nunca sigue a la Beneficencia; como en "Las ninfas donde asistimos al resurgimiento de la vida mitológica en el bosque, al conjuro del grito: "Pan ha resucitado!"... para desaparecer, nuevamente, con la visión de la Cruz: como en "Los dos hermanos" símbolos del Amor y del Hambre, las dos ansiedades de la vida... Todos estos poemas son escenas simbólicas, de las que podemos desentrañar la filosofía turgueneviana. En "El Egoísta", expresa la repulsión que le produce el hombre satisfecho de sus propias virtudes y que vive para sí mismo. En "Lucharemos todavía", la necesidad de tener fé en nosotros mismos, aún a pesar de todos los peligros que se ciernan sobre nuestras cabezas. En "Les deux quatrains", el pobre concepto que le merece la opinión literaria del gran público. En "Los dos hermanos", la finalidad elemental de la existencia humana. Y en algunos otros alterna su concepto pesimista de la Naturaleza y su obsesión de la muerte, como en sus poemas "Una Travesía" y "El Perro" que nos sugieren la idea de que todos los seres de la tierra sin distinción de especie, somos débiles criaturas con una angustia común: el temor de la muerte, el temor a la grande, a la monstruosa Naturaleza que nos rodea sin ampararnos... Estos poemas lo muestran como un panteísta. En "Una Travesía" dice: "Nous sommes tous des enfants de la même mère..." refiriéndose a un animalito que busca sosiego a sus temores en su compañía y en "El Perro" agrega: "No; no son un animal y un hombre los que cruzan las miradas entre sí. Son dos pares de ojos idénticos, que se fijan el uno en el otro. Y en cada uno de esos pares de ojos, en el perro como en el hombre, la misma vida se apoya, atemorizada, contra la otra".

Otras obras escribiría el anciano escritor aún y, en todas ellas, un cúmulo de recuerdos e impresiones resurgen en él mientras mira pasar los días desde su sillón de enfermo... Escenas de caza, como en "La Caille", publicado

en Rusia en 1884, recuerdos de tiempos pasados como en "Viejos Retratos" y en otras, pensamientos serenos o angustiosos, obsesión de la muerte, historias sobrenaturales como "Clara Militch" o "Fantasmas" (publicado en 1882); todo inspira su maravillosa capacidad para crear. Escribió sin descanso aún hasta dos meses antes de su muerte; mientras conservó algunos bríos no cesó de producir nuevas obras, algunas de las cuales quedaron inconclusas.

Turguenev muere el 3 de Setiembre de 1883 en plena actividad creadora; toda Francia tributa su homenaje al escritor ruso desaparecido y Renán se hace eco del sentir unánime, en su discurso de despedida. Unas semanas más tarde, el ataúd del novelista ruso, salía de París con destino a San Petersburgo, donde debía ser depositado, según su propio deseo, junto a la tumba de su gran amigo Bielinski.

La crisis de la economía Argentina.

Por P. GONZALEZ ALBERDI

V. — *Efectos de la crisis en la Argentina. — Las medidas gubernamentales frente a la crisis. — Política monetaria. — “Dumping”.*
(Quinta clase, dictada el 5 de septiembre de 1935).

Habíamos hablado en la última conferencia sobre las condiciones en que la crisis cíclica de 1929 había encontrado a la economía argentina. Los siguientes datos sobre el comercio exterior, son al respecto muy ilustrativos:

EXPORTACIONES (1926 = 100)

	<i>Volumen fisco</i>	<i>Precio medios</i>
1926	100	100
1927	126.5	100.7
1928	116.3	114.5
1929	114.1	105.6
1930	82.3	94.2
1931	113.6	71.2
1932	104.6	68.4
1933	98.7	62

Hay en el año 1930 una baja pronunciada del volumen de las exportaciones y una fuerte caída de los precios en relación con 1929. Es una caída continuada hasta 1933 en lo referente a los precios, mientras que el volumen físico de las exportaciones tiene alzas y bajas. Si hasta el año 1929 la cantidad de lo exportado disminuía mientras que los precios aumentaban, ya en 1929 comienza la baja de esos precios. En 1931, primer año del "gobierno provisional", las exportaciones aumentan en su volumen físico de 82.3 que eran en 1930 a 113.6 para 1931; pero es un aumento del volumen físico de las exportaciones que se consigue mediante la rebaja drástica de los precios. Esto coincide con los datos de la Dirección de Economía Rural y Estadística que leímos en la clase anterior, que mostraban como en 1931 el productor agrario había estado produciendo cereales con pérdida. Se exportaba pues a precios que estaban por debajo del costo de producción; es decir, que en 1931 se consigue precipitar las exportaciones realizando un verdadero "dumping".

Paralelamente se constatan una serie de medidas tendientes a disminuir las importaciones, las que disminuyen en proporción muy seria en su volumen físico, mientras que los precios medios se mantienen mucho más aproximados a los de 1926:

I M P O R T A C I O N E S (1926 = 100)

	<i>Volumen físico</i>	<i>Precio medios</i>
1926	100	100
1927	106.3	100
1928	122.8	98.7
1929	127.6	97.8
1930	109.2	98.1
1931	76.9	97.2
1932	55.4	96.1
1933	61.9	92.3

Del análisis de ambos cuadros, surge que hay una verdadera disminución en el volumen de lo que el país compra, de sus importaciones; hay un descenso —pero un descenso proporcional mucho menor— de los precios que se pagan por esas importaciones, mientras que el descenso del volumen de las exportaciones es mucho menor, inclusive llega a aumentar en 1931 y 1932, por encima de las de 1926, pero paralelamente hay un descenso muy grande de los precios, lo que indica que se ha vendido más, cobrando menos y que se ha comprado menos con un porcentaje mucho menor de disminución de los precios de las importaciones. Esto se relaciona con lo que decíamos anteriormente acerca de que los países de economía débil y sobre todo de producción agropecuaria, han tenido descensos en sus precios mucho mayores que los países capitalistas, de producción industrial trustificada.

Respecto a las exportaciones, el año 1929 marca el cierre de muchos mercados para las exportaciones argentinas. Ese año, el Parlamento de Estados Unidos aprobó las tarifas "Smoots", que ponen trabas a la importación extranjera y en las que se encerraba la política de Hoover de sostener la propia producción estadounidense, en gran medida la producción agropecuaria, en especial la semilla de lino, la alfalfa, la caseína, y una cantidad de productos agrícolas y ganaderos. (Antes de la crisis E. Unidos solo exportaba el ocho por ciento de su producción total. El 92 o/o era para el mercado interno). En 1932 las exportaciones argentinas reciben todavía un golpe más serio en su mercado decisivo, el inglés, mediante la firma de los convenios de Ottawa. Inglaterra, cuya economía depende en buena parte de los dominios, notó que los vínculos con éstos se debilitaban, porque los dominios ingleses —que tienen mucho de economía independiente, que bajo muchos aspectos económicamente son más independientes que los países sudamericanos y que en lo que se refiere a su población blanca, son una verdadera continuación de Inglaterra en el exterior— empezaban a enfriar sus relaciones con el

Reino Unido y a intensificar sus relaciones económicas con otros países, fundamentalmente con Estados Unidos; Australia y Nueva Zelanda, también con el Japón. Surge entonces en Inglaterra la tendencia a la creación de un mercado imperial, que se traduce en los convenios de Ottawa, de acuerdo a los cuales Inglaterra daba preferencia en sus compras a los dominios, mientras que paralelamente los dominios daban preferencia a las manufacturas inglesas, cerrándose así el comercio inglés para gran parte de las exportaciones argentinas.

Estos dos acontecimientos, las tarifas Smoots y los convenios de Ottawa, al cerrar a la Argentina sus principales mercados exteriores, marcan golpes extraordinarios para la producción nacional.

Surge así agudizado el problema de la balanza de pagos. La Argentina es un país acreedor que debe atender a los servicios de una gran deuda externa, pagar los beneficios que realiza el capital extranjero invertido en el país, los de las grandes empresas de servicios públicos etc. Para ello la Argentina necesita vender mucho más de lo que compra, y esa diferencia entre lo que compra y lo que vende es lo que le permite hacer los pagos externos mencionados, a lo que se agrega el dinero que giran los emigrantes extranjeros residentes en el país. Analicemos el balance de pagos del año 1933, según cálculos de la Revista del Banco de la Nación.

BALANCE DE PAGOS DE 1933

Cambio comprado

Proveniente de exportaciones	1.044.000.000	\$ m n.
„ „ otras fuentes	48.000.000	„ „

Total	1.092.000.000	\$ m n.
-------	---------------	---------

Necesidades del cambio

Para importaciones	897.200.000	\$ m n.
Para servicios de deuda pública	189.300.000	„ „

Para remesas de empresas de servicios públicos, particulares, inmigrantes y otras transferencias

260.000.000 „ „

Total 1.346.500.000 \$ m|n.

DEFICIT 255.000.000 \$ m|n.

Es decir, que en 1933, la Argentina tenía un déficit de 255.000.000. Estos déficits se van produciendo por la restricción de las exportaciones y la disminución de los precios. Para el año 1931 ese déficit fué de 284.300.000.

Es interesante ver como se distribuyen los pagos que hace la Argentina en el exterior, lo que puede apreciarse a través del cambio vendido para 1933:

CAMBIO VENDIDO EN 1933

Importaciones	647.878.000
Remesas de empresas de utilidad pública	146.227.000
Servicios de la deuda pública	189.312.000
Particulares e inmigrantes	55.899.000
	<hr/>
Total	1.091.004.000
	(incluidas otras transferencias)

Hay que agregar al panorama el descontento que reinaba en el campo, donde los agricultores estaban trabajando desde hacía dos años con pérdidas; prueba elocuente de lo cual fué el movimiento agrario iniciado en la localidad de Las Rosas, el año 1932.

Dentro de estas situaciones creadas por la crisis, enfrentaremos el problema de las medidas oficiales tomadas por los diversos gobiernos para hacer frente a la misma. So-

bre esta base veremos, desde el punto de vista económico, que resultados han dado estas medidas y a que sectores de la población han beneficiado o perjudicado.

En la segunda presidencia de Irigoyen, por ejemplo, el gobierno tomó diversa posición frente al problema de los salarios ferroviarios que la asumida durante la primera presidencia. En la huelga ferroviaria ocurrida durante su primer gobierno, los salarios fueron aumentados sobre la base de un consentimiento acordado a las empresas para que pudieran aumentar sus tarifas en proporción aún mayor, de modo que las compañías se vieron por ese aumento de las tarifas compensadas con creces del aumento de salarios a su personal. Durante la segunda presidencia, al aplicar los obreros el "trabajo a reglamento" en procura de mejores salarios, el gobierno se colocó contra esas mejoras, porque la economía del país no habría soportado un aumento nuevo de tarifas que hubiese permitido sin perjudicar a los accionistas, acceder al pedido de los obreros y esta mejora hubiese afectado las ganancias de las empresas.

En ese momento también se nota la tendencia en el partido gobernante, el Radical, a orientarse en lo relativo al comercio exterior en el sentido de "comprar a quién nos compra", según declaraciones que hiciera el diputado Guillot y según el tratado que luego no tuvo ejecución, negociado con la misión inglesa presidida por Lord D'Avernon. Se empieza a hablar de la necesidad de realizar "economías" en los gastos públicos, que evidentemente no se realizaron porque la deuda pública pasa en esa administración de 257 pesos por habitante, a \$ 290, como se hace notar en una colaboración aparecida en la Revista de Ciencias Económicas (mayo 1934). Como una medida más sobre las anteriores se produce el cierre de la Caja de Conversión cuyos resultados analizaremos después.

Sobrevino después el cambio de gobierno determinado por el movimiento del 6 de septiembre de 1930; durante ese gobierno se acentuaron las medidas drásticas con-

tra todo lo que significara aumento de salarios, prohibiéndose las huelgas, procurándose romper todas las posibilidades de resistencia obrera en defensa de los salarios (persecución al movimiento obrero). Se establece el control de cambios. Hasta ese momento quien precisaba cambio para pagar deudas en el exterior, podía realizar operaciones de compra libremente a través de los Bancos. Pero desde entonces todo ese comercio se centraliza y los cambios se compran y venden a través de una oficina que se creó al efecto y que se llamó de Control de Cambios. Esta oficina tendía ante todo a regular las importaciones para no permitir que el descenso del valor del peso conmoviera la economía del país, aunque no impedía el descenso en cierta proporción del mismo y mantenía cerrada la Caja de Conversión. "Regulaba" la depreciación monetaria. Se intensificaron ciertas medidas proteccionistas a la industria; el gobierno de Uriburu impuso los aforos del 10 %.

Otro hecho señalado por la estadística es la rebaja drástica de los precios agrícolas, de los cereales y el trigo en especial, consiguiéndose así un aumento de las exportaciones y la salida de una buena parte de los stocks.

Hay una orientación más decisiva en ese gobierno a buscar soluciones en una mayor ligazón con el capital de Estados Unidos. El cambio se nota especialmente en la política del petróleo y en un enfriamiento de las relaciones con Inglaterra. Se realizan economías en ciertos sectores de la administración, pero sin embargo la deuda pública no disminuye; por el contrario la deuda pública que al 6 de septiembre de 1930 era de \$ 290 por habitante, pasa a ser de \$ 306.

Después de 1931, ya instalado el gobierno actual que sigue atenuada la orientación marcada por el anterior en cuanto a restringir los movimientos obreros que persiguen un aumento de salarios, (consigue inclusive en ciertas ramas rebajas "voluntarias" de salarios, por ejemplo en los ferroviarios; no se continúan pagando los salarios mínimos para los trabajadores del Estado). A través de

la firma del Pacto Roca se va marcando una ligazón mayor con los intereses ingleses. Se fomenta la creación de monopolios —como lo veremos más en detalle en la clase siguiente— sobre determinadas ramas de la producción, a través de la creación de Juntas que tienden a restringir las ventas, que prohíben las plantaciones de nuevas superficies dedicadas a determinado cultivo, como en el caso de los viñedos. Se toman ciertas iniciativas —que luego no son mantenidas— tendientes a restringir los sembrados de trigo a través de las distintas conferencias mundiales del trigo. Se realiza una conversión de las deudas públicas internas y de la deuda hipotecaria, las que continuarán siendo pagadas pero a intereses menores. Se aprueba la moratoria hipotecaria. Se realiza el Empréstito Patriótico, a través del cual se hace una verdadera emisión de papel moneda para cubrir gastos impagos. Se establecen los precios mínimos y finalmente se adopta la medida del monopolio sobre los cambios.

LA MONEDA

Veamos el papel que ha jugado la baja del valor de la moneda a través de todas estas medidas de gobierno que venimos analizando. Hay que empezar por establecer un poco el papel que juega la moneda en los problemas económicos. Es evidente que la moneda es la medida común de los valores. Así como para medir la altura de una persona o de un edificio, necesitamos un trozo de madera o de metal —por ejemplo el metro— que se adopta como patrón porque tiene un altura fija y determinada, para medir los valores, ya que el valor de las mercaderías está determinado por el trabajo humano contenido en ellas, necesitamos una cosa que a su vez sea producto del trabajo humano y que tenga por tanto un valor en sí. En su momento fueron los cueros la medida de los valores, luego los metales, entre ellos la plata, y fundamentalmente el oro.

Además de ser la medida de los valores, la moneda permite realizar las mercaderías, que son cambiadas por moneda, la que a su vez se cambia por otras mercaderías y asimismo sirve como medio de pago de compras y ventas realizadas anteriormente o de deudas por otros conceptos. La moneda de oro se ha convertido en la medida común de los valores, porque es un metal que ofrece menor alteración física, menor variabilidad del trabajo que cuesta producirla; no es una mercancía como el trigo que altera de valor con la calidad de la cosecha, ya que ésta determina el mayor o menor trabajo que requiera producirla. Por eso es la medida elegida para medir los valores. El propio nombre de las monedas muestra como en su tiempo la unidad monetaria estuvo determinada de acuerdo a su peso. La libra esterlina está dando la expresión de su antiguo peso, así como la onza.

Con la acuñación de la moneda por parte de los gobiernos se han creado condiciones para realizar un robo, diríamos, sobre el valor de esa onza o de esa libra, y así históricamente es conocido el hecho de la acuñación de moneda, donde una parte del oro de las mismas era substituído por metales inferiores. Esta acuñación de moneda de menor oro que el que contenían monedas de igual denominación permitía la apropiación de una parte del oro de las monedas por el gobierno que la acuñaba, moneda que seguía circulando nominalmente por su valor antiguo, aunque en la práctica se la entregaba con premio por monedas de mejor contenido. Y en el extranjero, donde se la tomaba por el peso y calidad de su metal y no por el cuño, la depreciación era evidente.

El billete de Banco, que por razones de comodidad substituyó a la moneda metálica, para evitar que ésta se gastara y porque era más cómoda de transportar, etc., se presta mucho mejor para las maniobras oficiales a costa del valor de la moneda. El billete, en tanto que es billete de Banco, certifica que una persona ha depositado una cierta cantidad de oro en un Banco (en la Argentina mientras

existió la Caja de Conversión era ésta; ahora es el Banco Central) y que se le ha dado un recibo por ese oro. Con este billete puede realizar compras y ventas, que representan idealmente el valor del oro depositado en el Banco. Pero ocurre que en determinados momentos los Bancos, y sobre todo los Bancos oficiales, no están en condiciones de entregar todo el oro que se les ha dado a cambio de billetes, porque han emitido más billetes del oro que recibieron. Es claro que no todos los que recibieron billetes del Banco vuelven a presentarse el mismo día, a la misma hora y en el mismo minuto para que les sea devuelto el oro; esa probabilidad es la que permite a los Bancos emitir más billetes que el oro recibido. Y en determinados momentos no se encuentran en condiciones de pagar a todos los acreedores el oro que pueden requerirle debido al abuso que han hecho de las emisiones, y sobre todo cuando hay desconfianza, en momentos de pánico financiero. Si el gobierno no acude en su apoyo, esos bancos quiebran. Pero si las emisiones han sido para el gobierno, este arregla. Los Bancos dejan de entregar oro por papel y se pasa al curso forzoso. Por ley se obliga a recibir en pago billetes de Banco no convertibles en su equivalente oro. La diferencia entre el billete de Banco canjeable por su equivalente en oro y el papel moneda curso forzoso se nota en un país entre otros momentos, en la relación con el valor de la moneda extranjera. Mientras es posible cambiar el billete por oro, nunca la diferencia entre la moneda del propio país y la moneda del país extranjero podrá ser mayor que el costo de enviar oro a ese país extranjero para abonar las deudas que deben pagarse en él, costo representado por el seguro, flete, etc. Cuando el billete no puede transformarse por su valor nominal en oro, este envío de oro al exterior —metal que tiene un valor mundial— no puede realizarse o requiere para comprar el oro una cantidad mayor de billetes que lo que debiera ser su equivalente legal.

Entonces la moneda del propio país en sus relaciones con la moneda extranjera está supeditada a la oferta y a

la demanda de giros en la moneda del país extranjero y sobre las plazas de éste. Llega el agio del billete con respecto al oro. Todos los exportadores venden sus giros por el precio en libras, franco o dólares a que han vendido sus mercaderías en Londres, Burdeos o Nueva York, ofreciendo giros en venta en esas monedas a cobrarse en esas plazas. Lo mismo capitalistas extranjeros que van a hacer inversiones en la Argentina, para poseer pesos ofrecen en venta libras o dólares que poseen en Londres o Nueva York. A su vez, los importadores compran giros en libras, dólares, etc. sobre las plazas extranjeras para pagar sus compras en ellas; las grandes empresas extranjeras, como los ferrocarriles, para abonar los dividendos, los inmigrantes para ayudar a sus familias. En esta oferta y demanda se fija el precio de la libra o el dólar en pesos argentinos. Cuando la Caja de Conversión estaba abierta y se podía exportar oro, el peso argentino no podía bajar más allá de lo que cuesta enviar oro al extranjero (flete, seguro) porque en vez de comprar giros, se podían cambiar pesos papel por oro a su equivalente legal y fijo de un peso papel por 44 centavos oro y mandar el oro a los acreedores.

La historia monetaria argentina a este respecto es muy interesante. Hemos dicho que la Argentina es fundamentalmente un país de grandes propietarios de tierras y sobre todo de tierras endeudadas. El deudor está interesado en que la moneda sea depreciada, porque si en el transcurso de un año el valor del peso ha descendido, 1000 pesos por ejemplo, representarán una cantidad menor de oro, y de novillos, trigo, automóviles, de lo que representaban el año anterior y paga así su deuda con el equivalente de una cantidad menor de oro o de productos que los que representaba esos 1000 \$ cuando la deuda fué contraída (1). En segundo lugar la Argentina es un país exportador y la baja de la moneda facilita las exportaciones. La libra tiene un valor nominal de \$ 11.45. Si por la depreciación

(1) "La lucha de clases del mundo antiguo, por ejemplo, ofrece en lo principal la forma de un combate entre acreedores y deudores" (MARX).

del peso papel la libra se cambia como en el momento actual por \$ 15, el comprador extranjero propietario de libras, el comprador inglés, por ejemplo, encontrará conveniencia en comprar más en la Argentina de lo que compraba hasta ese momento, porque a iguales precios en pesos moneda nacional argentinos pero a mayor cantidad de pesos entregados por libra, él podrá comprar igual que hasta ese momento con una cantidad menor de libras esterlinas.

Esta ventaja continuará para el importador inglés hasta tanto que por la mayor demanda se produzca un alza de los precios en la Argentina que le anule la ventaja.

El problema puede plantearse de otra manera. Puede ser que los precios argentinos aumenten por novillo, beneficiándose así el ganadero en 1 ó 2 pesos; pero siempre queda una cierta ventaja para el importador inglés ya que por cada una de sus libras esterlinas recibe \$ 3.55 más de lo que recibía cuando la libra se cambiaba por \$ 11.45 y gana así más aun cuando deba entregar uno o dos pesos al ganadero de esos 3,55 más que recibe. El ganadero argentino o el frigorífico ha recibido una cantidad mayor de pesos, pero esta carne cotizada en moneda firme como la libra no ha aumentado, sino que ha disminuído de precio. Como una cantidad de gastos que entran en la producción de la carne, en primer término los salarios del personal, no aumentan en proporción a la depreciación de la moneda, al frigorífico y al ganadero les conviene la mencionada rebaja del peso.

Esto que favorece a las exportaciones, dificulta las importaciones, porque cualquier producto extranjero, inglés por ejemplo, que se venda en libras, debe aumentar su precio en pesos moneda nacional, ya que antes por una libra había que entregar \$ 11.45 y ahora hay que entregar \$ 15. Esto determina que la depreciación monetaria presente una verdadera tarifa proteccionista para determinados sectores de industriales. Una cantidad de industriales que se ven obligados a importar carbón, materias primas, etc. se encuentran al propio tiempo, en la medida en que

son importadores de éstos productos, perjudicados por la depreciación de la moneda.

Un serio problema es el de los gastos públicos realizados sin control y los motivados por las guerras civiles que han exigido emisiones de papel moneda sin garantía para hacer frente a los mismos. Esto determinó que el peso moneda nacional haya tenido históricamente variaciones acentuadísimas en cuanto a su valor en oro, como vemos a continuación.

LO QUE HA VALIDO SUCESIVAMENTE UN PESO PAPEL EN CENTAVOS ORO

1826 enero	100	1883	100
1826 diciembre	57	1884	98
1836	13	1894	27
1846	3.5	1900	44
1856	4	Hoy	20.176
1874	4		

(Datos tomados de la obra de Juan Alvarez "Estudio de las guerras civiles argentinas" a los que agregó el valor de transferencia del oro de la Caja de Conversión al Banco Central).

En fin, podríamos señalar las grandes emisiones durante el período de Rozas. Cómo en 1882 se creó el peso fuerte que se cambiaba por 25 de los viejos; como en 1883 el peso valía 100 centavos oro; como en 1884 baja a 98 centavos oro y en 1894 a 27 centavos oro. La ley de Carlos Pellegrini, que creaba la Caja de Conversión y que daba un valor fijo de 44 centavos oro por peso papel, paralizó una corriente de valorización del peso, impidiéndole acercarse a la par, es decir, al cambio de 100 centavos oro, por peso papel. La Caja fué cerrada en 1914 con motivo de la guerra, y la jurisprudencia y los Tribunales legalizaron el pago en moneda desvalorizada de las hipotecas contraídas a oro, lo que redundó en beneficio de los deu-

dores. Reabierta la Caja de Conversión en 1927, año en que el peso empezaba a valorizarse fuertemente debido a la afluencia de oro al país, la apertura de la Caja contribuyó a contener esa valorización deteniéndola en los límites legales de 44 centavos oro por peso papel. En la segunda presidencia de Irigoyen se vuelve a clausurar la Caja de Conversión.

El control establecido sobre los cambios trató de impedir una baja catastrófica de la moneda, que pusiese en peligro toda la economía del país, regulando esa desvalorización; para obtener ésto no se abrió la Caja de Conversión, sinó que se establecieron restricciones para la obtención de cambios por los importadores. Así las importaciones disminuyen y existe menor demanda de moneda extranjera; a pesar de ésto se siguió la política de pagar la deuda externa a cuyo efecto el gobierno retiró el oro de la Caja de Conversión a razón de 44 centavos por peso papel, consiguiéndolo en condiciones privilegiadas.

LOS DECRETOS DE NOVIEMBRE DE 1933

En noviembre de 1933 se tomaron una serie de medidas. Se estableció en primer término el monopolio en la compra de cambios por el gobierno. Todos los exportadores debían vender sus créditos sobre el exterior en libras esterlinas, en dólares, etc. a la Oficina de Control de Cambios, es decir, al Estado, quien pagaría un 20 % más por ellos de lo que valían hasta la fecha, es decir que se desvalorizaba el peso moneda nacional en un 20 %. Los adquirentes de moneda extranjera, los importadores, las empresas que abonan dividendos en el exterior, etc. por los decretos de noviembre de 1933 debían recurrir para comprar esa moneda extranjera, es decir, giros sobre el exterior a la Oficina de Control de Cambios, la que efectúa las ventas en remate al mejor postor. La diferencia entre el precio a que la Oficina de Control de Cambios adquiría los giros

sobre el exterior y el precio que obtenía por ellos en remate, sería utilizado por el gobierno, de acuerdo a los decretos de noviembre de 1933, para cubrirse de las pérdidas que le originase esa desvalorización monetaria al abonar la deuda pública externa y para cubrir los precios básicos para los cereales, fijados en igual fecha.

Pero no cualquiera puede participar en los remates de cambio. El propio reglamento establece que se debe estar autorizado para ello y tienen preferencia los importadores de mercaderías de una serie de países, en primer término de Gran Bretaña; esto se relaciona evidentemente con el Pacto Roca. Gran Bretaña, Bélgica y los Países Bajos representan el 60 % de las exportaciones argentinas y simplemente el 27 % de las importaciones. Por el Pacto Roca Inglaterra tiene derecho a disponer de todo el cambio de las exportaciones argentinas a ese país, menos una parte destinada al pago de la deuda pública externa. La diferencia entre las exportaciones y las importaciones inglesas sirve para facilitar cambio a las empresas británicas (ferrocarriles, etc.) para que puedan abonar sus dividendos en el exterior.

Téngase presente que obtener cambio en mejores condiciones representa la posibilidad de vender mercaderías más baratas en pesos moneda nacional en el interior del país, lo que significa una verdadera preferencia comercial. Paralelamente con esto el gobierno declaró, como antes decimos, que los beneficios de cambio representarían la compensación por el perjuicio que sufriría al comprar moneda extranjera para pagar la deuda externa y para financiar los precios básicos de \$ 4.40 para el maíz y de \$ 5.75 para el trigo que se establecían "Tomando como punto de partida los precios que correspondían en nuestro mercado a los del mercado internacional (esto es, descontándoles el flete y demás gastos) y aumentándolos en la misma proporción en que se elevaba el precio de compra de las letras de exportación, a saber, en 20 %". (Revista Económica del Banco de la Nación. - Enero-Abril 1934).

Esto no se ha cumplido y los precios básicos han quedado por debajo de la relación con el mercado internacional que establece la disposición a que se refiere la Revista del Banco de la Nación.

Todas las empresas que tienen que pagar dividendos en el exterior y que no consiguen cambio en la Oficina de Control de Cambios, así como los importadores en esas condiciones —es el caso de una cantidad de empresas norteamericanas y japonesas—, deben recurrir al mercado libre de cambios en el cual los cambios provenientes por la exportación de aquellos productos que no son exportación normal del país y por algunas otras causas, se venden a un precio, bastante mayor evidentemente, que en los remates del Control de Cambios.

Un reciente decreto, establece que la diferencia entre la cotización de la moneda extranjera en el Control de Cambios y en el mercado libre no podrá ser inferior a un 20 %.

Bunge y Born y otra serie de firmas que están adquiriendo industrias en el país, y vendiendo productos no considerados "exportación normal" pueden librar giros contra sus disponibilidades en Bélgica o en otros países y venderlos en el Mercado Libre, realizando así en éste un magnífico negocio. El gobierno había declarado que se tendería a que las cotizaciones en el Mercado Libre y en el mercado oficial llegaran a igualarse; pero el decreto mencionado estableciendo una diferencia obligatoria del 20 % muestra que no se ha observado tal orientación.

El gobierno también resolvió el abandono de la ligazón de la moneda nacional con el franco oro y decidió ligarla con la libra esterlina, que es una moneda que ya está desvalorizada por haberse abandonado en Inglaterra "el patrón oro". Representa ésto que se establece la relación entre el peso moneda nacional y la libra esterlina y con las demás monedas en relación a como están éstas con la libra esterlina. Se liga entonces la suerte del peso a la moneda de un país que ha abandonado el patrón oro. Esto significa

una mayor depreciación del peso moneda nacional. En el día de hoy, septiembre 5 de 1935, en el diario "La Prensa" aparecen las siguientes cotizaciones para la libra:

Precio de compra de la libra a la exportación	\$	15. —
Precio de venta (promedio)	„	17.03
Precio de la libra en el Mercado Libre de Cambios a las 10 horas de apertura	„	18.50
Idem a la hora del cierre (17 horas)	„	18.46

Da una utilidad para el gobierno de 13.56 %, la diferencia entre el precio de compra a 15.— \$ y la venta a un promedio de 17.03 \$ la libre esterlina.

En el momento actual no es solo la Argentina el país que se encuentra en un momento de depreciación de la moneda. Son los países de moneda más firme, los que han abandonado el patrón oro en su propia moneda; es Inglaterra donde ya la libra esterlina no se cambia más por oro, donde el patrón oro ha sido abolido; son los Estados Unidos donde se ha hecho lo mismo con el dólar. Después de la guerra, para cubrir sus gastos y mismo durante ella, hubo emisiones enormes, sin garantía, y así el patrón oro fué abolido. Posteriormente, por breve tiempo hubo patrón oro en una cantidad de países. Pero actualmente en una serie de países los déficits son enormes, hay deudas externas a pagar, todo lo cual determina la necesidad de emitir papel moneda y cambiarlo a cualquier precio por moneda extranjera para poder pagar las deudas externas. Países como Estados Unidos han abandonado el patrón oro no solo por sus necesidades de expansión comercial, de competencia con países de moneda despreciada, sino para facilitar el pago de sus deudas a los deudores y sostener la NIRA.

Veamos cual ha sido el resultado de éstas medidas en la Argentina. Del punto de vista de las exportaciones se nota —y claro que no solamente por estas medidas monetarias— un aumento de las exportaciones en peso moneda.

nacional. Pero una parte de este aumento de las exportaciones, no es tal aumento; es que la medida en que se mide, el peso moneda nacional está achicado en relación al oro, medida de los valores, y por otra parte hay un acrecentamiento de las exportaciones debido también a la sequía en algunos países. Otro de los resultados ha sido que las importaciones se encuentran más dificultadas y en el momento actual eso favorece una reanimación de ciertas ramas de la industria nacional. También aumentan los beneficios de las empresas exportadoras como Bunge y Born, Dreyfus y otras que monopolizan las exportaciones de cereal y los frigoríficos que exportan las carnes. Los Bancos intermediarios han obtenido serias comisiones en la negociación de cambios. Los deudores en general se han beneficiado porque pueden pagar sus deudas contraídas con un peso que vale menos; ya anteriormente se habían beneficiado con otras medidas, como la moratoria para las deudas hipotecarias contraídas fuera del Banco Hipotecario Nacional y con la conversión de cédulas de éste. Y finalmente el mismo Gobierno se ha beneficiado con las diferencias de cambio.

El ministro de hacienda manifestó en el Parlamento que se trataba de redistribuir la renta para favorecer a los agrarios, haciendo que con la desvalorización de la moneda la población consumidora se sacrificara en beneficio del campo. Es difícil mostrar que la desvalorización haya beneficiado a los campesinos. El año pasado hubo dificultades para obtener precios básicos por el campesinado. En la Cámara de Diputados se denunció que se exigían condiciones de depósito de cereal para abonar esos precios, que el campesino no puede llenar; ciertos tipos de cereal han dejado de cotizarse; hay retardo en la recepción del cereal por parte de las Juntas, lo que ha obligado al campesino a vender ese cereal al comercio de campaña por debajo de los precios básicos.

La Dirección de Economía Rural y Estadística calculaba para 1932 que el costo de producción era de \$ 7.60

para el trigo, en puerto y de \$ 5.10 para el maíz, en puerto, lo que está por encima de los precios básicos que son \$ 5.75 para el trigo y \$ 4.40 para el maíz. Esto creó para el campesino la necesidad de restringir los gastos de producción, lo que determinó una disminución de su "standard" de vida y del salario de los peones. Según datos serios la mayor parte de la cosecha de cereal había sido vendida antes del establecimiento de los precios básicos.

A consecuencia de la sequía en algunos países, ha habido un alza en el precio del cereal en el mercado mundial; de aquí que el campesino haya reclamado aumento de esos precios básicos, lo que todavía no ha sido aprobado. En esto influye el miedo a la extensión del área sembrada, al acrecentamiento de los stocks y la presión de los exportadores sobre el Gobierno, que desean adquirir cereal a bajo precio.

Mientras tanto y por la depreciación monetaria, se ha elevado el precio de las bolsas, de los utensilios agrícolas y de una serie de productos de consumo del chacarero.

Perjudica también la desvalorización monetaria a los consumidores en su conjunto. En los debates de la Cámara de Diputados se dieron cifras acerca de como la desvalorización del peso había determinado alzas en los precios de los artículos alimenticios, por ejemplo en el aceite y en toda una serie de productos. Es evidente que los propios precios de artículos de producción nacional, el trigo, la carne, tienden a un precio mayor, porque cotizados en el mercado mundial a oro representa más pesos moneda nacional argentinos.

Desde el punto de vista de los obreros, ha habido una cierta reanimación en algunas ramas industriales, lo que ha determinado en tales o cuales gremios menos desocupación; pero paralelamente se han reducido los salarios, se ha establecido el trabajo a destajo, se ha implantado el "standard". El ejemplo de la rebaja de los salarios lo ha dado el propio Gobierno al abolir el salario mínimo para los trabajadores del Estado y al aprobar las rebajas de sa-

larios en el laudo para los obreros ferroviarios, laudo que al implantar el llamado reajuste del personal provocará cesantías y desocupación que aumentarán la oferta de mano de obra y deprimirán los salarios en las otras ramas.

Las empresas que giran fondos al exterior se han visto favorecidas porque se les ha permitido abonar los dividendos mediante los empréstitos de desbloqueo; antes la mayoría de las empresas extranjeras, debido al control de cambios no conseguían letras en moneda extranjera para girar esos beneficios y tenían aquí grandes capitales inmovilizados. Los empréstitos de desbloqueo les han permitido abonar los dividendos y cobrar sus beneficios en bonos de esos empréstitos, quedando a disposición del gobierno argentino el total de los capitales bloqueados. A pesar de eso, las citadas empresas se perjudican al tener que adquirir moneda extranjera para abonar después de lo pagado con los empréstitos, sus nuevos dividendos en el exterior. Pero en el caso de las empresas más poderosas, las ferroviarias, el Poder Ejecutivo ha consultado esa situación, estableciendo en su laudo que los obreros deben contribuir con la rebaja de salarios a compensar a las empresas de ese perjuicio y del sufrido al importar carbón, locomotoras, etc. (1)

Las empresas que no tienen facilidades para obtener cambio y poder girar sus beneficios al exterior, están haciendo inversiones en construcciones y en otras ramas de la actividad. Las empresas inglesas invierten menos por tener privilegios para la obtención de cambio.

El Gobierno se perjudica al tener que comprar giros sobre el exterior para pagar su deuda externa; pero paralelamente obtiene dos ventajas: primera, ha convertido la deuda interna a un tipo menor de interés y segunda, obtuvo los beneficios muy grandes por diferencia de cambios a que ya nos hemos referido, los que solo en parte

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Hace poco tiempo se ha acordado a las empresas ferroviarias el privilegio de obtener cambio al precio de venta por el exportador, es decir, renunciando el Estado a las diferencias. (Mayo 1936).

insignificante se han empleado para sostener los precios básicos, ya que inclusive las cotizaciones, del trigo y maíz han sido superiores a los precios básicos fijados, durante bastante tiempo.

En el momento actual nos encontramos frente a la realización de una serie de maniobras consistentes en esta depreciación monetaria y en esas medidas oficiales con las que se trata de hacer frente a las consecuencias de la crisis económica sobre el país. Con esta depreciación del peso se ha beneficiado a los exportadores a cuya cabeza marchan las casas cerealistas y los frigoríficos, beneficiándose de paso a los ganaderos que puedan vender a estas empresas sus novillos. Nos encontramos en un momento de marcha hacia una depreciación más grande de la moneda; el Banco Central y el Instituto Movilizador crean los peligros de emisiones sin garantía que lanzarán mucho más rápidamente el peso hacia una nueva desvalorización. Al fijarse oficialmente el valor del peso con motivo de la transferencia del oro al Banco Central, valor que legalmente era de \$ 0.44 oro, se ha fijado en 20.176 centavos oro.

Esta depreciación de la moneda no es solo característica de países como la Argentina, agropecuarios, exportadores, de poco desarrollo económico. En el momento actual el peso desvalorizado puede decir con orgullo que marcha del brazo del dólar y de la libra por el camino de la desvalorización; que con tan ilustre compañía marcha cuesta abajo su excelencia el peso moneda nacional. (2)

Juan Agustín García, en "La Ciudad Indiana" ha podido decir, refiriéndose a otros momentos: "*Es curioso y*

(2) Esto no obsta a que el oro de los países débiles económicamente y deudores haya ido a engrosar las arcas de los grandes países capitalistas, como lo muestran los siguientes datos del Federal "Reserva Bank Bulletin".

STOCK DE ORO DE LOS BANCOS CENTRALES Y GOBIERNOS

	(en millones de dólares oro)						
	EE. UU.	Europa	Inglaterra	Francia	Alemania	Asia	Amer. Lat.
1929	3.974	4.511	688	1.462	512	728	301
1933	4.009	6.932	925	3.213	58	481	361

significativo cómo la vieja historia se repite en las diversas épocas. Con otros nombres, la cuestión monetaria del siglo XVIII presenta analogías sorprendentes con la actualidad económica. La moneda de vellón es nuestra moneda fiduciaria, que antes como ahora, perturba los precios, mantiene una inestabilidad molesta, se presta a especulaciones ruinosas con el público”.

MATEMATICA Y POESIA (1)

Por JOSE BABINI

Al elegir el tema de esta disertación, no nos animó el deseo de declamar frases hechas, como la tan oída: En todo matemático hay un poeta, ni el de proclamar; una supuesta identidad entre matemática y poesía; sino simplemente el de exponer, sin duda en forma fragmentaria y hasta con carácter provisorio, algunas reflexiones acerca de las posibles vinculaciones y características comunes de estos dos campos específicamente distintos de la actividad creadora, de estos dos productos esencialmente diferentes del espíritu humano.

Toda manifestación espiritual, cualquiera sea su naturaleza, puede considerarse bajo dos aspectos distintos. Un primer aspecto, que podríamos denominar ontológico, por el cual esa manifestación se considera como ser, como producto acabado de un determinado proceso, como residuo de una determinada actividad creadora, en una palabra, como algo "hecho".

Un segundo aspecto, en cambio, por el cual esa manifestación se considera no ya como ser, producto o resí-

(1) Disertación pronunciada en Santa Fe, el 8 de Agosto de 1935, bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina, Sección Santa Fe.

duo, sino como un devenir, como un proceso, como una actividad, en una palabra, como algo que "se hace". Considerando este proceso en el hombre, como persona aislada, estamos entonces frente al aspecto psicológico de la manifestación espiritual, mientras que si se considera este proceso en el hombre, como ser sumergido en una comunidad, como parte integrante de la humanidad, estamos entonces frente al aspecto histórico cultural.

Consideremos pues, aunque en forma somera, la matemática y la poesía bajo estos distintos aspectos.

Al considerar el primer aspecto surge de inmediato la dificultad de concebir la existencia misma de la manifestación espiritual, fuera de todo proceso temporal, ya en el hombre, ya en la humanidad; independiente del proceso psicológico o histórico por el cual esa manifestación asomó a la realidad. Surge, en efecto, inquietante la pregunta: ¿Cómo es posible concebir una producción matemática o una creación poética, prescindiendo del matemático que la produjo o del poeta que la ha creado, independiente de la época histórica en que nacieron o del clima cultural que las cobija? La pregunta es vieja como el hombre y sus respuestas tan viejas como la filosofía.

Respecto a la matemática, la respuesta en sentido afirmativo no parece difícil. En efecto: en la multiforme realidad en la que el hombre vive, es fácilmente concebible la existencia de ciertos objetos bien individualizados y diferenciados: números, puntos, funciones, etc., que constituyen un mundo con caracteres propios. El conjunto de pensamientos que enuncian juicios cuyos sujetos son esos objetos matemáticos es lo que precisamente llamamos matemática. La condición anterior es necesaria, pero no suficiente, para que un pensamiento pertenezca a la matemática, pues pensamientos como estos: *El cuadrado es fiel. Los logaritmos son humildes*, que cumplen esa condición, no enuncian juicios matemáticos. Es que los pensamientos es-

tán sujetos a una peculiar y necesaria polaridad: ellos son verdaderos o falsos, de ahí que completaríamos la definición anterior expresando que esos pensamientos han de ser verdaderos.

Ahora bien, la propiedad que se enuncia con uno de aquellos pensamientos, por ejemplo con el comúnmente denominado teorema de Pitágoras, puede perfectamente concebirse como independiente del tiempo y válida para cualquier persona o época. Es cierto que a pesar de ser la verdad de los pensamientos científicos, en general, y de los matemáticos, en particular, fácilmente controlables, existen personas, y aún podríamos concebir épocas o culturas, para las cuales estos medios de control caen fuera de su alcance y no logran entonces captar la verdad de esos pensamientos, llegando a veces hasta a invertir su sentido. Pero este hecho no niega la verdad objetiva de los juicios, como tampoco la existencia de los ciegos de nacimiento niega la objetividad de la luz.

¿Podemos ahora concebir la poesía como algo semejante a ese mundo de pensamientos verdaderos, independientes del tiempo y de las personas, que constituye la matemática? Entendemos que sí. Por de pronto, existen obras poéticas, en prosa y en verso, que, claro es, no constituyen la poesía como tampoco los tratados y revistas donde yacen depositados, y a veces sepultados, los conocimientos matemáticos, constituyen la matemática. Existe, además, en la poesía algo comparable con los objetos matemáticos: son aquellos elementos esencialmente poéticos, productos de una misteriosa simbiosis del sentido con el sonido, son aquellos juegos con las palabras, con las sílabas, con los diptongos, son las imágenes poéticas, son las figuras del pensamiento, los tropos...

Y así como el conjunto de los objetos matemáticos no constituye la matemática, tampoco es el conjunto de esos elementos el que constituye la poesía, sino es el halo que los envuelve, y les confiere el carácter de bello, en una palabra es ese algo que los convierte en valores estéticos.

De igual modo, entonces, que el carácter de verdadero hace de ciertos pensamientos una ciencia, el carácter de bello hace de ciertos valores un arte. Y esos valores estéticos que en la poesía surgen a través de aquellos elementos etéreos, vagos y nebulosos, de aquellas figuras e imágenes, pueden concebirse con la misma objetividad, con la misma independencia respecto al tiempo, a las personas y a las épocas, de los pensamientos matemáticos; en una palabra, son reales en el mismo sentido que los pensamientos matemáticos.

El distingo que frecuentemente se formula, de ser más fácil entender un teorema matemático, cuando se explica, que gozar ante un verso, se debe en realidad al término "explicar"; pues mediante la explicación se extiende ante nuestra vista intelectual todo el armazón lógico que sostiene el teorema, se lo descompone en sus partes elementales y se muestra el encadenamiento de las mismas. Es esta, también, la razón que hace parecer más absoluta la verdad de un teorema matemático que la belleza de una imagen poética.

Concebidas, pues, la matemática y la poesía, bajo este aspecto ontológico, analicemos si entre ellas existe alguna conexión, alguna vinculación. A primera vista, por la naturaleza de sus objetos, bien específicos y distintos, por las características de cada uno de esos mundos, tan diferentes entre sí, parecería que no existiera entre ambas manifestaciones conexión alguna. Pero si profundizamos algo más el análisis encontraremos que ambos campos presentan algunas determinaciones generales, algunas categorías comunes, que, sin embargo, se presentan en cada campo con fisonomía propia, como materiales, que, provenientes de un yacimiento subterráneo común, afloraran a la superficie bajo formas distintas.

Entre esas categorías comunes, la más significativa, es sin duda, el ritmo que por igual se presenta en la matemática y en la poesía.

En la poesía el ritmo es un elemento constitutivo, es

conocida la definición del verso como unidad rítmica, pero Henriquez Ureña, al comentar esa definición, agrega que "esa definición es justa siempre que se recoja estrechamente dentro de la noción limpia y elemental del ritmo, apartando de sí cualquier enredo con la idea de acento o de tono o de cantidad, cualquier exigencia de igualdades o de relaciones matemáticas". Se ve claramente como, en este comentario, se suprime expresamente del ritmo, en la poesía, toda alusión a los conceptos matemáticos y a aquella "métrica" que tanta importancia tiene para la preceptiva y que constituyó, en algún momento, y aún hoy para muchos, una nota esencial en la poesía.

En cambio, ¿cuándo y cómo se presenta el ritmo en la matemática? Este aparece cada vez que directamente o transformada interviene la serie natural de los números y su sucesión ordenada, cada vez que se trata del proceso del contar que es, bajo la infinita variedad de sus transformaciones, un elemento fundamental en toda la matemática.

Pero, mientras en la poesía el ritmo es una "noción limpia y elemental" que conserva todo el contenido y la variedad que le confiere su estado original y toda la riqueza que encierra su estado naciente, en la matemática el ritmo se ha cristalizado, se ha reducido a un esquema, se ha subordinado a la idea de sucesivo, en una palabra se ha convertido en un concepto.

Estamos aquí ante uno de los hechos que al mismo tiempo que explican la naturaleza de las conexiones posibles entre la matemática y la poesía, muestra también la esencial distinción entre ambas manifestaciones espirituales. Así un mismo elemento, el ritmo, aparece en cada una de ellas con fisonomía propia, hasta podría decirse ofreciendo una personalidad diferente, producida por el proceso totalmente distinto a que se ha encontrado sometido ese elemento común en el seno de una de esas manifestaciones.

La idea de ritmo, que en la poesía, en virtud de la presencia del proceso poético, adquiere la mayor plasticidad

y amplitud posibles, al ser sometida al proceso lógico, característico de toda ciencia y que en la matemática se presenta en su forma más clara y pronunciada, esa idea se transforma en un espectro, es decir en un concepto. Todo proceso lógico de abstracción, todo proceso de formación de conceptos hace perder plasticidad a las ideas, es como una proyección de un cuerpo sobre un plano, que hace más precisos los contornos pero anula toda noción de volumen. Aplicar el proceso lógico es lanzar la red en un mar agitado: todo el líquido móvil, vivo, fluye y desaparece por las mallas y solo queda en la red algún objeto fijo, bien preciso pero muerto. Todo el proceso lógico tiende a claridad y precisión, todo el proceso poético tiende en cambio a explotar la riqueza de los contenidos y las posibilidades de expresión. Por eso también todo concepto matemático impresiona como algo desprovisto de vitalidad, mientras en las imágenes poéticas se siente vibrar la vida. La matemática se construye con conceptos, la poesía se construye con sueños.

Algo semejante a lo que ocurre con el ritmo sucede con otros elementos, que en su raíz profunda mantienen una conexión entre la matemática y la poesía, pero que aparecen en estas manifestaciones espirituales cada uno con su propia personalidad. Así la simetría, el orden, la medida, etc. Se explica así que en los casos en que la diferencia de personalidad no esté bien acentuada y que un elemento poético, por ejemplo, adquiere un acento marcadamente matemático, pierde ese elemento su valor como ingrediente poético y se convierte en un elemento formal, no esencial.

El medio de expresión puede servirnos también para establecer conexiones y diferencias entre la matemática y la poesía. En efecto, la poesía es el único arte cuyo medio de expresión es el de la ciencia, es decir el lenguaje. Sin embargo, la ciencia y la poesía, aun utilizando los mismos elementos: las palabras, constituyen dos efectos supremos del lenguaje ordinario.

Así como el andar ordinario, el paso normal, se convierte en danza cuando se lo somete a una depuración y ajuste rítmicos; mientras que si se le desvitaliza, abstrayendo de él lo esencial, se convierte en algo simple y mecánico; de igual modo cuando se tiende con el lenguaje ordinario a elevar su contenido expresivo, su musicalidad, cuando se aprovecha la riqueza en significados de las palabras, cuando se hace vaporoso, ese lenguaje se convierte en lenguaje poético; mientras que si se tiende a hacer el lenguaje conciso y preciso, con sentido único, economizando las palabras, ese lenguaje se convierte en lenguaje científico.

Y en este proceso de transformación del lenguaje ordinario en lenguaje científico no solo pierden las palabras su rico contenido en significados y su poder de expresión, que en la poesía son constitutivos, sino que en la matemática, que es en este sentido la ciencia más avanzada, las mismas palabras se eliminan y aparecen en su lugar los símbolos como máxima depuración del lenguaje.

La intensidad con que en las distintas ciencias se manifiesta este poder de transfiguración de las palabras en símbolos, puede establecer entre ellas una perfecta jerarquía, que partiendo de ciencias como la historia, sociología y psicología, que no podrían describir sus hechos y fenómenos con lenguaje simbólico, y pasando por la biología, la química y la física, que con intensidad distinta utilizan símbolos, llega hasta la matemática donde el símbolo reina soberano y en la que, mediante su rico simbolismo y los recursos de la llamada lógica matemática, no solo pueden expresarse totalmente con lenguaje simbólico los juicios propiamente matemáticos sino también aquellos juicios y expresiones intermediarios indispensables en toda exposición científica. Y es interesante observar como actualmente un grupo de físicos teóricos trata de introducir esta lógica, que hasta ahora se reservaba a la matemática, también en la física; tal es la convicción de las ventajas del simbolismo en la construcción científica.

La poesía, en cambio, no solo mantiene y juega con la riqueza en significados de las palabras y hasta con su musicalidad y sonido, sino que, en virtud de una característica del proceso poético, en algunos casos las mismas palabras se convierten en símbolos, es decir, se logra, aunque sea provisoriamente, conferirle un significado más. Se nota con la función simbólica, el mismo hecho anotado al referirnos al ritmo. Partiendo de un fondo común, que el mismo término empleado denuncia la función simbólica, adquiere en cada campo una fisonomía distinta. En la matemática la palabra se reduce o simplemente se elimina, para ser sustituida por un símbolo, en la poesía es la misma palabra la que ejerce la función de símbolo.

Con la metáfora ocurre algo semejante. La metáfora es un elemento constitutivo en la poesía; alguien dijo que toda la poesía es metáfora, mientras que en la ciencia su papel es accesorio y su intervención obedece a factores circunstanciales. Cuando aparece un fenómeno nuevo y, evidentemente, el lenguaje ordinario no tiene palabras para expresarlo, deben naturalmente recurrirse a otras palabras para describirlo, y entonces se acude a aquellas palabras que expresan un significado semejante o que la imaginación le confiere ese carácter de semejanza, y así surge la metáfora. Pero en la ciencia conserva siempre su carácter de ficción, mientras que en la poesía la metáfora es una realidad.

En la matemática también se usa la metáfora. Cuando el geómetra, ante dos funciones que además de poseer un valor común satisfacen ciertas otras condiciones, dice que esas funciones tienen un *contacto de cierto orden*, ya está empleando un lenguaje metafórico; pero cuando al llevar este hecho al terreno geométrico, dice que las curvas correspondientes son *osculadoras*, vale decir que se besan, la metáfora ya ha adquirido un rango poético. Pero en la matemática este lenguaje metafórico no pasa de ser expresión verbal y por lo tanto exento de todo peligro, pues el simbolismo matemático evita toda confusión y en defini-

tiva, pese a la cautivadora metáfora, el concepto de curvas osculadoras no es más que un grupo, bien prosaico por cierto, de igualdades entre símbolos.

En las ciencias, en cambio, que no poseen el simbolismo tan perfeccionado, ni el tecnicismo tan completo de la matemática, el lenguaje metafórico que necesariamente aparece en ellas, puede constituir algún peligro, de ahí la tendencia actual a eliminarlo, ya sea mediante simbolismos o por definiciones más precisas.

Quizás podría surgir alguna nueva conexión entre la matemática y la poesía, comparándolas por intermedio de otras manifestaciones espirituales conexas en alguna forma con ambas. En este sentido la música serviría admirablemente de *trait d'union*, pero este nuevo análisis nos alejaría un tanto del marco de esta disertación.

Consideremos ahora la matemática y la poesía en el aspecto que denominamos psicológico, es decir el proceso que se realiza en el hombre frente a esas manifestaciones espirituales. Desde este punto de vista una de las primeras cuestiones que se presentan es la que se refiere al proceso de creación, invención o descubrimiento.

Tal cuestión es muy compleja y quizás no muy estudiada aún. Respecto a ella solo puede decirse que existe cierta similitud entre los procesos creadores de la matemática y de la poesía. En una encuesta reciente la mayoría de los matemáticos interrogados declararon que sus descubrimientos o creaciones fueron el resultado de inspiraciones semejantes a las de los artistas.

No se trata, claro es, de concebir la inspiración como un don divino ni una revelación súbita que se logra con tal de adoptar una actitud más o menos romántica; sino el resultado de un prolongado esfuerzo que, aparentemente estéril, encubre el fruto de la creación que de pronto nace. Por otra parte, no es nuevo declarar que en la invención matemática y en la invención científica en general, interviene en gran medida la imaginación, ese ingrediente que

se supone monopolizado por los poetas. Por ejemplo, el fecundo e importante concepto de coordenada, ¿qué es sino un genial esfuerzo de imaginación al admitir una correspondencia entre dos entes distintos como son el punto y el número?

Sobre todo en los matemáticos de tipo creador, más que en los de tipo crítico, la imaginación juega un papel importante. Una prueba más de esta conexión psicológica entre la matemática y la poesía, la ofrece otro resultado de la encuesta ya citada, que comprobó la existencia de muchos matemáticos que cultivan la poesía, aunque en menor grado que los que cultivan la música.

Pero dejemos los matemáticos y los poetas y consideremos, dentro de este orden de ideas, la cuestión más general que se refiere a la existencia en el alma humana de raíces comunes a ambas manifestaciones espirituales, contraparte psicológica de la existencia de aquellas categorías comunes que analizamos anteriormente.

El estudio de las conexiones psíquicas entre los distintos valores, ha sido realizado en forma magistral por Spranger en su libro "Formas de vida" donde analizando el desarrollo de la personalidad a través de la adhesión a un determinado valor muestra la conexión de ese valor con todos los demás, tal como se verifica psicológicamente. Claro es que esa obra fundamental no se refiere en particular a la matemática y a la poesía, sino a las conexiones más generales entre los valores lógicos y los valores estéticos.

En este orden de ideas, y por supuesto en un plano distinto, pero más directamente vinculado con la matemática y la poesía, publicamos hace un par de años, en la revista "Nosotros", un ensayo, en el que, con el objeto de mostrar las conexiones que la matemática mantiene con otras actividades del espíritu, analizábamos una de las más extraordinarias novelas contemporáneas: "Ulises" del novelista y poeta James Joyce. Decíamos en ese ensayo: "En el universo ulisiano de Joyce, las escasas y fugaces apariciones de la matemática revisten un singular interés; pues

el profundo análisis psicológico que Joyce realiza y el fino estudio del espontáneo fluir de la conciencia, descubren las raíces matemáticas que insiden en el alma humana: ritmo, orden, simbolismo, combinación, etc., y muestran las íntimas conexiones que esta ciencia, abstracta y desvitalizada, mantiene con el hombre.

La técnica de Joyce, al descubrirnos, libres y desnudas, las conciencias humanas, permite analizar como esas conexiones se manifiestan en algunos de sus personajes de temperamentos distintos, y la circunstancial independencia que ellos guardan con la ciencia matemática —en “*Ulises*”, no figura ningún matemático— presta mayor valor a este análisis, demostrando el carácter esencialmente humano de esas conexiones”.

Sigue luego el comentario a ciertos pasajes de la novela: algunos de ellos muestran como un poeta, el autor de “*Ulises*”, es decir el mismo Joyce, reacciona artísticamente ante ese mundo de objetos matemáticos, que él conoce bien, pues Joyce tiene una sólida cultura matemática. y como los transforma imprimiéndoles con su fantasía y su imaginación una nueva vida, ya jugando con ellos o ya explotando su carácter preciso y descarnado, cuando las exigencias estéticas así lo requieren; pues toda esta grandiosa obra es un esfuerzo que intenta expresar artísticamente hasta en sus más nimios detalles, la multiforme realidad del mundo exterior y del fluir de la vida interior.

Otros pasajes comentados se refieren a los procesos psíquicos de los personajes de la novela, procesos que pueden seguirse fácilmente dada la técnica especial y extraordinaria que emplea Joyce, y uno de esos pasajes, en el que interviene uno de los protagonistas de la novela llamado Stephen, y que precisamente es un poeta, tiene relación con nuestro tema.

Decíamos en ese comentario: “En un temperamento artístico, como el de Stephen, debía ser el simbolismo con su capacidad en despertar imágenes y metáforas, con su amplia posibilidad de interpretaciones, el aspecto de la ma-

temática mas afín a él. En el episodio de la escuela esto se comprueba.

Después de la clase, cuando los niños en bandada se lanzan fuera del aula a correr y jugar, uno de ellos se acerca a Stephen con el cuaderno de aritmética abierto, a fin de que le explique unos problemas que no sabe resolver. Y mientras Stephen, maquinalmente, resuelve uno de ellos, surgen en su mente las imágenes; al escribir los símbolos, su imaginación les infunde vida, y las cifras bailan su grave danza mora con sus pequeños bonetes bizarros de cuadrados y cubos. El poeta conserva esa imagen, pues más tarde las columnas árabes de una sala de la biblioteca evoca en él el recuerdo de la danza de las nueve cifras con los bonetes de sus exponentes”.

De paso observemos como en la formación de esa imagen, brotada en un espíritu culto, el de Stephen, o, si Vds. prefieren, el de Joyce, ha influído el origen histórico de las cifras.

Otra cuestión que se vincula con el aspecto que estamos tratando es la que se refiere a los ensayos intentados para abordar la experiencia estética, considerada como un proceso psíquico, por la matemática.

Se trataría en nuestro caso de medir con números la impresión que nos produce la lectura de una obra poética o, mejor dicho, de comparar desde este punto de vista distintas obras poéticas.

Citemos a este respecto el ensayo realizado por el matemático norteamericano Birkhoff quien propuso en el Congreso de Bologna del 28, una fórmula y algunas aplicaciones de la misma. Considera este autor en la experiencia estética, ante todo, un esfuerzo preliminar de atención, necesario para el acto de la percepción, y que aumenta proporcionalmente a lo que él llama la complejidad C del objeto; luego el valor estético o medida estética M que recompensa ese esfuerzo, y por último el hecho de darse cuenta de una cierta simetría o armonía caracterizada por un cier-

to orden O más o menos disimulado y que parece necesario en el esfuerzo estético.

El autor supone estos elementos como medibles y deduce que la medida M es la densidad de las relaciones de orden en el objeto, es decir $M = O:C$. Deduce luego, por consideraciones fisiológicas y psicológicas la manera de determinar los valores de C y de O . Así el esfuerzo de atención C está acompañado por un sentimiento de tensión variable que puede expresarse como la suma de las tensiones que acompañan determinados ajustes automáticos $a, b, c...$ multiplicadas cada una de ellas por el número de veces que se presentan $m, n, p...$ Son, por ejemplo en una obra poética, las tensiones que acompañan la lectura de cada sílaba, o de cada verso, las tensiones producidas por los silencios, por las repeticiones, etc. De igual manera procede para determinar el orden O utilizando el sentimiento producido por determinadas asociaciones $a', b', c'...$ y el número de veces que esas asociaciones se presentan $m', n', p'....$

Es claro que estas nociones demasiado generales dan sólo una pálida idea de lo interesante y completo que es este estudio y las aplicaciones del mismo. Pero de cualquier manera debe entenderse que todo ensayo de esta naturaleza no puede dar razón de la experiencia total. La matemática es como un reactivo: produce su efecto cuando la sustancia a la que ataca tiene afinidad con ella o ataca la sustancia solo en la porción en que esa afinidad se manifiesta. De ahí que la experiencia estética solo en parte podrá ser abordada por la matemática, en la parte que ella tenga de afin con el proceso lógico. Este proceso es un juego de análisis y síntesis, es un proceso de sumas y de partes, pero en la experiencia estética hay siempre algo más, relacionado con la estructura totalitaria de la misma, algo vinculado con el todo que escapa a ese juego, algún residuo inasequible al proceso lógico.

De manera que la experiencia estética no se podrá abordar solo con la matemática, sino además con otros re-

cursos de orden más psicológico: descripciones, análisis esenciales, etc.

Si, por último, consideramos la matemática y la poesía en su aspecto histórico-cultural, nos encontramos, al analizar el desarrollo histórico de la matemática, frente al mismo hecho anotado al considerar los aspectos anteriores.

La existencia de categorías comunes a la matemática y a la poesía, la existencia de raíces comunes a ambas manifestaciones en lo profundo del alma humana explica como muchos conceptos matemáticos fueron creados e hicieron su irrupción en la historia envueltos en esa atmósfera vaga que caracteriza los valores estéticos, producida por efectos de la intuición sensible, o de las metáforas empleadas o como resultado de la fantasía creadora.

Pero luego, poco a poco, el proceso lógico fué cumpliendo inexorablemente su obra, depurando la ciencia de todos los factores extramatemáticos, eliminando de las ideas todo contenido imaginativo, todo elemento poético, hasta convertirlas en conceptos claros y precisos.

Este proceso de depuración ha exigido en muchos casos esfuerzos de siglos para completarse, tan arraigados estaban los elementos extramatemáticos que acompañaban al concepto matemático. Piénsese en el concepto de límite y sobre todo en el concepto de infinito, ese ente complejo tan profundamente arraigado en el alma humana, caro a filósofos, poetas y matemáticos.

La matemática es la ciencia del infinito, ha definido con justeza Weyl, y la importancia de este concepto en el desarrollo histórico de esa ciencia es tan considerable, que toda la historia de la matemática puede concebirse como una serie de accidentadas aventuras tendientes a precisar y aclarar el concepto de infinito, siempre reprimido o eliminado y siempre de nuevo presente, como los genios malos de las fábulas, bajo otro disfraz.

Las llamadas crisis de la matemática, una de las cua-

les se desarrolla en nuestro tiempo, no son otra cosa que las perturbaciones producidas por ese huésped poco grato y las tentativas pacíficas o violentas para desterrarlo del campo matemático.

A través del aspecto histórico notamos, una vez más, como el proceso lógico trata de despoetizar, permitásenos el neologismo, la matemática, vale decir eliminar de la matemática todos los elementos de carácter poético que pudieran obscurecer el concepto matemático.

Hay, sin embargo, un momento en la historia de la matemática en el que, aparentemente, la matemática y la poesía marchan perfectamente de acuerdo.. Es en la época denominada por Smith, la "época de la poesía" en la matemática, considerándola como una etapa psicológica realizada por el pensamiento matemático en su desarrollo histórico, comparable a la etapa de nuestra existencia juvenil en la que estamos conducidos casi fatalmente a escribir versos.

En efecto, en el período histórico que tiene por escenario la India de los siglos V a XII, todas las obras de carácter astronómico y matemático se escribieron en verso: en ellas se expresaron las cuestiones más simples, con ese lenguaje metafórico y esa exuberante fantasía que caracteriza los pueblos orientales, y se eligieron, con preferencia, como temas de los problemas a resolver, aquellos que mejor se adaptaban a ser expresados en forma poética.

He aquí, enunciados en los más variados tonos poéticos, algunos problemas que exigen la resolución de ecuaciones de primero o segundo grado. En tono vernal: "Un quinto de un enjambre de abejas, se posa sobre una flor de kadamba, un tercio sobre una flor de silindha, el triple de la diferencia entre esos dos números vuela sobre una flor de kutaja y una abeja, solo, revolotea en el aire, atraída por el perfume de un jazmín y de un pandamus. Dime, hermosa niña, el número de las abejas".

En tono erótico: "En una lucha amorosa se rompió

un collar de perlas, un sexto de las perlas cayó al suelo, un quinto quedó en el lecho, la zagala salvó un tercio, un décimo guardó consigo el mancebo y seis perlas quedaron enhebradas. Dime, ¿cuántas perlas tenía el collar?”.

En tono épico: “En la mitad del combate, el furioso hijo de Prit’ha tomó un cierto número de flechas para matar a Carna, empleó la mitad en su defensa, el cuádruple de la raíz cuadrada contra los caballos, seis flechas talaron al cochero Salya, otras tres desgarraron el parasol de Carna y rompieron su estandarte y su arco, y una le atravesó la cabeza. ¿Cuántas flechas tenía el hijo de Prit’ha?”.

Pero si se analiza la matemática hindú se nota que este lenguaje poético es simplemente un disfraz, obligado por la forma rimada de los textos y por la costumbre de usar esos problemas como adivinanzas en justas poéticas o en reuniones sociales. En cambio, interesan profundamente al matemático hindú las operaciones aritméticas, las transformaciones algebraicas, los métodos de resolución de los problemas.

Así lo expresa Brahmagupta, del siglo VII: “Estos problemas se proponen simplemente por placer; el sabio puede, con las reglas aquí dadas, inventar centenares o resolver otros. Como el brillo del sol sobrepasa al de las estrellas, así el hombre sagaz oscurecerá la gloria de otros hombres, sabiendo proponer problemas algebraicos y sobre todo resolviéndolos”.

No solo se complacían los hindúes en realizar cálculos numéricos y transformaciones algebraicas, sino también demostraban un afán especial en clasificar los problemas, las operaciones aritméticas y los métodos de resolución. Así por ejemplo, Bhaskara, del siglo XII, distingue, entre las elementales, no menos de veinte operaciones.

Los problemas geométricos de los hindúes no constituyeron excepción, pues en ellos las determinaciones de longitudes, áreas y volúmenes fueron un pretexto más para resolver cuestiones algebraicas. Hasta en los teoremas

geométricos, de esencia, al parecer, opuesta al de los algebraicos, se nota ese poder de la combinación y de la transformación que caracteriza la matemática hindú. Así, el teorema que expresa la equivalencia entre el círculo y el rectángulo, cuyos lados son la semicircunferencia y el radio, lo "demuestran" mediante una figura y este lacónico comentario: "Mira". En efecto, basta mirar la figura, que representa una ingeniosa descomposición geométrica, para comprobar el teorema, de la misma manera, como una transformación algebraica permite comprobar un resultado aritmético.

De cualquier modo y a pesar del aspecto puramente formal que presenta la poesía en la matemática hindú, no deja de ser significativo que estos pueblos orientales: hindú, persa, árabe, pueblos de poetas, prestidigitadores y malabaristas, pueblos que concibieron los maravillosos cuentos de las Mil y una noches, pueblos que contaron con un Omar Khayyam, autor de las Ruba'i, de igual fama como poeta, astrónomo y algebrista; no deja de ser significativo que esos pueblos hayan creado el álgebra, rama de la matemática en la que se manifiesta con mayor vigor el juego de las combinaciones y transformaciones, a veces con resultados sorprendentes, y a la que se ha conferido, según la tradición popular, el carácter de arte mágico, al exagerar la creencia en su poder demostrativo.

Quisiéramos, para terminar, referirnos a otro aspecto vinculado con el desarrollo histórico-cultural de la matemática y la poesía. Sin aceptar integralmente la ingeniosa e impresionante concepción de Spengler, no hay duda que cada época cultural se caracteriza por una marcada preferencia hacia ciertos valores o sistemas de valores, de ahí que todas las manifestaciones del espíritu en una determinada época, muestren una misma tendencia.

Y en nuestra época una característica que se muestra en todas las manifestaciones del espíritu es la tendencia hacia la objetividad, es decir hacia la depuración y delimita-

ción de cada esfera de valores y de cada mundo de objetos específicos; sin pretender ya mezclar esferas distintas, fundir o confundir objetos de mundos diferentes, sin pretender, por ejemplo, resolver problemas éticos con la ciencia, problemas sociales con la literatura, hacer biología con la física o hacer de todo con la matemática.

No hay duda que en esa tendencia fué la matemática la precursora. En ella ese afán se muestra desde hace más de un siglo y puede decirse que toda la matemática actual, desde el advenimiento de las geometrías no euclidianas, primer fruto de esa tendencia, es el resultado de ese afán.

Hay en la historia de la matemática un incidente de escasa importancia entre dos grandes matemáticos: Fourier y Jacobi, que podría tomarse como índice primero de esa tendencia, Fourier, uno de los creadores de la Física matemática, para quien la matemática solo tenía valor como medio de descubrimiento de las verdades físicas y para quien el estudio profundizado de la naturaleza era la fuente más fecunda de los descubrimientos matemáticos, al anunciar a la Academia de París unos trabajos de Jacobi sobre las funciones elípticas, manifestó que las cuestiones de filosofía natural debían ser el objeto principal de la meditación de los geómetras.

Cuando Jacobi, por intermedio de un informe de Poisson, conoció esta manifestación, escribió a Legendre (estamos en 1830): "El señor Poisson no debía haber reproducido una desgraciada frase del señor Fourier que nos reprocha, a Abel y a mí, por no ocuparnos del movimiento del calor (el problema del movimiento del calor, gloria máxima de Fourier, fué el modelo típico de una construcción físico-matemática, que hoy podríamos decir simplemente de una construcción física). "Es cierto que el señor Fourier estima que la finalidad principal de la matemática es la utilidad pública y la explicación de los fenómenos naturales, pero un filósofo como él debería saber que la única finalidad de la ciencia es el honor del espíritu humano y que en consecuencia una cuestión de la teoría de los

números tiene un valor tan grande como una cuestión de los sistemas de los mundos”.

Quitemos a la frase de Jacobi todo lo que pueda tener de pretensión romántica, fruto por otra parte de la época en que ha sido escrita, no hay duda que ella muestra claramente el principio de una reacción contra la tendencia avasalladora que reinaba en esa época de convertir la matemática en una doncella de la filosofía natural y en cambio tratar de independizarla de todo lo que no fuera propiamente matemático, sin pretender buscar una finalidad fuera de ella, en una palabra, a hacerla más objetiva.

¿Esta tendencia hacia la objetividad que en la matemática se ha logrado casi plenamente, se nota también en la poesía actual? Dejando a Vds. todo el margen posible para las reservas que nuestra condición de profanos requiere, creemos que gran parte de los esfuerzos actuales de la poesía muestran esa tendencia hacia la objetividad. Hoy se habla y se discute sobre poesía pura, los poetas van a la busca del verso puro y hasta esa extrañeza, a veces repulsión, que muchos sienten antes ciertas creaciones poéticas contemporáneas, no son más que índices del espíritu de renovación que anima la poesía actual y que refleja la tendencia hacia la objetividad.

Es claro que esta tendencia que, como una exigencia de la hora presente, se manifiesta en todas las actividades del espíritu, se presenta en cada una de ellas con intensidad distinta y se ha de lograr también en medida diferente. No hay duda que la claridad y sencillez de los objetos y conceptos científicos, y en especial matemáticos, facilita mucho esa tendencia; mientras que en la poesía, por su propia naturaleza, ese anhelo de objetividad, ese afán de pureza se presenta acompañado de dificultades y obstáculos, algunos aparentemente insalvables.

En efecto, ¿podrá la poesía, sin dejarse esclavizar por el significado de las palabras, sin convertirse en música, mantener el sello de algo inconfundible? ¿Podrá hacer de ese elemento esencial que la constituye, y repetimos la feliz

expresión de Paul Valery, de esa misteriosa simbiosis de sentido y sonido, algo tan claro y puro como lo es un concepto matemático?

Esta tendencia hacia la objetividad, sobre todo si se la concibe en su máxima amplitud, ofrece, ante una visión superficial, un aspecto francamente desolador, hasta inhumano; pero al observar todas las dificultades que se presentan en la marcha hacia la objetividad, si se analizan sus causas, aparece el camino de la salvación.

Los filósofos partidarios de esa objetividad absoluta achacan todas aquellas dificultades al hombre y a sus limitaciones. Si, estamos con ellos, los valores son objetivos y todas las limitaciones a esa objetividad residen en el hombre; pero esas limitaciones, ¡loado sea el mundo! constituyen precisamente su salvación. Esas limitaciones son la mejor prueba de que existe en el espíritu humano una extraordinaria facultad que logra vincular por lazos a veces misteriosos, esos mundos separados e inconexos; esas limitaciones con las que posibilitan al hombre sumergirse en el mundo supraindividual de los valores; esas limitaciones son las que le permiten ponerse en contacto con el espíritu objetivo: la ciencia, el arte, la religión, la moral; esas limitaciones son, en fin, las que le permiten al hombre vivir.